

# Cultura histórica y usos del pasado

---

Memoria, identidades y  
política en una experiencia local  
(Río Cuarto, 1947-1986)

Eduardo A. Escudero



**prohistoria**  
ediciones

UNIVERSITY  
OF  
SOUTH  
ALABAMA

**Cultura histórica y usos del pasado**  
Memoria, identidades y política  
en una experiencia local  
(Río Cuarto, 1947-1986)

RÍO CUARTO  
DE PASADOS



# Cultura histórica y usos del pasado

## Memoria, identidades y política

### en una experiencia local

#### (Río Cuarto, 1947-1986)

Eduardo A. Escudero



Rosario, 2016

Cultura histórica y usos del pasado. Memoria, identidades y política en una experiencia local (Río Cuarto, 1947-1986) / Eduardo A. Escudero  
- 1a ed. - Rosario: Prohistoria Ediciones, 2016  
344 p.; 22,5x15,5 cm. - (Universidad; 49)

ISBN 978-987-3864-34-6

1. Historia. 2. Historiografía. I. Título.  
CDD 907.2

---

Composición y diseño: mbdiseño  
Edición: Prohistoria Ediciones  
Diseño de Tapa: Calle 22

Este libro recibió evaluación académica y su publicación ha sido recomendada por reconocidos especialistas que asesoran a esta editorial en la selección de los materiales.

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS  
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

© Eduardo A. Escudero  
© de esta edición:  **prohistoria**  
ediciones  
Tucumán 2253, S2002JVA ROSARIO, Argentina  
Email: prohistoriaediciones@gmail.com  
www.prohistoria.com.ar

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.

Este libro se terminó de imprimir en en Multigraphic, Buenos Aires, Argentina, en junio de 2016.  
Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-3864-34-6

# Índice

<b>PRÓLOGO</b>	
por Marta Philp .....	9
<b>INTRODUCCIÓN</b> .....	13
<b>La perspectiva analítica</b> .....	23
<b>PRIMERA PARTE</b> .....	59
<b>CAPÍTULO 1</b>	
<b>La imaginación histórica local en Río Cuarto al promediar el siglo XX</b> .....	61
<b>CAPÍTULO 2</b>	
<b>Los trabajos de la memoria sanmartiniana al calor de la experiencia peronista (1947-1955)</b> .....	83
La filial riocuartense del Instituto Nacional Sanmartiniano y los usos del pasado.....	83
El Año Sanmartiniano en Río Cuarto y otras memorias a contramano.....	101
El lugar de los escritores e historiadores locales: entre la memoria, la cultura y la política.....	127
<b>CAPÍTULO 3</b>	
<b>Usos del pasado en la ciudad de la Revolución Libertadora (1955-1960)</b> .....	149
Usos del pasado en la línea Mayo-Caseros .....	149
Los homenajes riocuartenses a los hombres de la “Revolución Libertadora” .....	169
<b>SEGUNDA PARTE</b> .....	187
<b>CAPÍTULO 4</b>	
<b>La cuestión de la identidad local riocuartense, prácticas memoriales y ensayos de interpretación (1960-1970)</b> .....	189
Rituales, homenajes y conmemoraciones para fijar una memoria militar y fronteriza .....	189
Las narrativas y los ensayos localistas: el refuerzo de la identidad imperialista y los balances de la experiencia histórica local.....	207

## **CAPÍTULO 5**

<b>La cultura histórica entre dictaduras y democracias (1970-1986)</b> .....	231
Apuestas por el pasado y el presente: cultura histórica y autoritarismo .....	231
Un paréntesis de múltiples invenciones: memoria y política durante el tercer peronismo .....	247
El <i>encuadramiento</i> de la memoria. La Junta de Historia de Río Cuarto: “investigar, difundir, honrar” .....	275

## **CAPÍTULO 6**

<b>Epílogo. Continuidades en la cultura histórica hacia la conmemoración del Bicentenario ciudadano</b> .....	303
<b>A modo de cierre</b> .....	327
<b>Fuentes</b> .....	337

## PRÓLOGO

Todo texto es autobiográfico, da cuenta de un contexto de producción, de una historia problema, diferente a una historia período, de preguntas compartidas; este prólogo no es una excepción ya que se trata de valorar un libro, fruto de una tesis doctoral defendida en la Universidad Nacional de Córdoba, escrita en el marco de un proyecto colectivo del que formamos parte con su autor, preocupados por analizar los vínculos entre la historia, la política y la memoria. Es, como toda investigación, el producto de una operación historiográfica realizada desde un lugar, siguiendo unas prácticas para presentarnos esta escritura. El lugar, el Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Córdoba, es el escenario que acoge la producción histórica desde fines de los años sesenta del siglo pasado, integrada en su mayoría por tesis que se ocupan de Córdoba con el objetivo expreso o implícito de equilibrar una historia nacional, dedicada sobre todo a lo que sucede en el centro, Buenos Aires. Sin embargo, esas tesis son también capitalinas, ya no de Buenos Aires, sino de la capital mediterránea; la Córdoba ciudad de frontera, al decir de José María Aricó, que se erigió ella misma en ciudad hegemónica respecto al interior provincial.

En este escenario, este libro es una apuesta a pensar Córdoba en su complejidad ya que el lugar de la mirada, la ciudad de Río Cuarto –primer lugar de formación de Eduardo como historiador- es el espacio de producción de procesos históricos que ejemplifican con claridad su lugar como ciudad de frontera frente al avance de los indígenas en el pasado y del populismo en el siglo XX, para citar algunos de los peligros a conjurar. Ciudad de frontera, el “Imperio”, que construye su imagen distintiva desde los tiempos de su fundación en 1786 -Villa Concepción del Río Cuarto- por el marqués de Sobremonte, personaje vilipendiado en la historia porteño-céntrica y mito de los orígenes de la identidad imperial hasta los festejos de su bicentenario en 1986, donde en medio de la recuperación de la democracia, le recuerda a sus habitantes que aquella marca está intacta, que continúa siendo el resguardo frente a los cambios que intentaran modificarla; la historia de Río Cuarto puede ser leída desde la dicotomía: nación en peligro o nación en marcha, donde la primera imagen fue invocada por los sectores dominantes de la ciudad, interpretados por sus escribas, durante las dictaduras que comenzaron en 1955, 1966 y 1976.

Regresemos al escenario, al lugar de producción, el Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Córdoba, para pensar los aportes de la tesis de Eduardo Escudero en relación a las producciones existentes; podemos señalar distintas estaciones, vinculadas a los diferentes momentos de la historiografía cordobesa: una primera, desde fines de los años sesenta, caracterizada por las disputas en torno a la interpretación de la época colonial, materializada en tesis que, por un lado, desde una práctica historiográfica fundada en los preceptos de la Nueva Escuela Histórica y des-

de un lugar hegemónico en el Instituto de Estudios Americanistas de la Facultad de Filosofía y Humanidades -fundado en 1936- destacaban las bondades de esta época al tiempo que otras, mientras disputaban espacios institucionales, reclamaban interpretaciones diferentes, fundadas en una historia renovada, concebida como económica y social, que miraba atenta a los *Annales* franceses y al materialismo histórico. Por ejemplo, Carlos Sempat Assadourian, discípulo de Garzón Maceda, defendió en 1970 su tesis doctoral sobre la época colonial donde propone una relectura de la conquista.<sup>1</sup> Esta tesis es disruptiva en una Córdoba que ha vivido el Cordobazo en 1969; una ciudad donde coexisten protagonistas que interpretan su presente desde las dos imágenes ya señaladas: la nación en peligro y la nación en marcha inexorable hacia su destino manifiesto: la revolución, adjetivada como nacional o socialista. El listado de publicaciones del citado Instituto, presentado en 1982, es ilustrativo de esta situación de coexistencias y disputas al tiempo que dos nombres: Carlos S. A. Segreti y Garzón Maceda se erigen en “lugares de memoria” de tradiciones diferentes.

En este contexto, la renovación historiográfica comenzará a ocupar un lugar marginal ya que con el golpe militar de 1966 los sectores más conservadores se fortalecieron dentro de la Universidad Nacional de Córdoba; en realidad, desde una mirada de larga duración, aquella Córdoba “docta y santa” retratada por el profesor alemán George Nicolai en 1927 estuvo presente a lo largo de todo el siglo XX; su texto, escrito a pocos años de la Reforma Universitaria de 1918 es un testimonio de esta presencia.<sup>2</sup> Luego, con la “Revolución Argentina”, comenzaron sus exilios algunos de sus miembros, por ejemplo, Assadourian, radicado actualmente en México. En el homenaje a Garzón Maceda, realizado después de su muerte, en 1969, Carlos Luque Colombres, cultor de una historia tradicional, minimizaba las diferencias entre sus modos de escribir historia en una operación de memoria que es a la vez una muestra de supremacía.<sup>3</sup> Supremacía que se mantendrá durante el tercer gobierno peronista y se consolidará durante la dictadura cívico-militar de 1976.

El listado de tesis de Licenciatura de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades, realizadas en este período, da cuenta la presencia de un grupo reducido de directores y del predominio de temáticas centradas en la historia colonial

- 
- 1 CARLOS SEMPAT ASSADOURIAN: “Conquista, sociedad y crecimiento económico en el espacio colonial argentino”, FFyH-UNC, 1970.
  - 2 GEORGE NICOLAI ocupó la cátedra de Fisiología de la UNC. Su *Homenaje de despedida a la tradición de Córdoba docta y santa* publicado originalmente en 1927, fue reeditado por la Editorial de la UNC en el año 2008.
  - 3 UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA: *Homenaje al Doctor Ceferino Garzón Maceda*. Introducción de Carlos Luque Colombres, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Estudios Americanistas, Córdoba, 1973.

y local hasta fines del siglo XIX.<sup>4</sup> Testimonios de historiadores que realizaron sus estudios en este lugar durante la dictadura dan cuenta de un espacio diezmado, que redundaba directamente en la formación a la que podían acceder. Al mismo tiempo, el listado de tesis doctorales en Historia en la misma Facultad evidencia la ruptura que implicó la dictadura de 1976 para los estudios históricos, ya que el desarrollo de problemas de investigación, diseñados antes de su advenimiento, sólo pudo realizarse con la recuperación democrática, cuando profesores y discípulos se reintegraron a la universidad.<sup>5</sup>

Hoy, a más de treinta años de la recuperación de la democracia y a cuarenta años del golpe cívico-militar de 1976, cuando la producción historiográfica se multiplicó tanto en problemas de investigación como en perspectivas analíticas, uso de fuentes/documentos, la tesis de Eduardo Escudero, titulada *Cultura histórica y usos del pasado, construcción identitaria y legitimación política (1947-1986)*, convertida ahora en libro, da cuenta de una historiografía renovada, especializada, que se propuso examinar la construcción de la cultura histórica contemporánea en la Argentina desde una dimensión local. En esta historia problema la pregunta clave fue la centrada en los usos del pasado, en la “economía general del pasado en el presente”, en la ya clásica mirada de Pierre Nora. Como dice el autor, se hicieron presentes las conmemoraciones y homenajes oficiales y sus discursos, personajes e ideas y representaciones; las diferentes narrativas de la protohistoriografía e historiografía local, como huellas de la conformación de la cultura histórica a escala local durante un período (1947-1986) que escenifica la presencia de usos del pasado situados, en diálogo con los centrales, originados en Buenos Aires durante el peronismo como el Año Sanmartiniano; la reivindicación de la línea Mayo-Caseros durante la “Revolución Libertadora”, en cuya gestación la ciudad de Río Cuarto ocupó un lugar protagónico, legitimado también por ser la cuna de uno de sus impulsores, el teniente general Pedro Eugenio Aramburu, homenajeado en 1980 a los diez años de su asesinato. Durante la dictadura cívico-militar, se sumaron las intervenciones en torno a la llamada Conquista del Desierto que contribuyeron a consolidar una memoria militar y fronteriza que ocupará un lugar central en la cultura histórica presente en el Bicentenario de la ciudad en 1986.

Tal como destaca el autor en sus conclusiones, la tesis logró afirmar que la “intervención intelectual e historiográfica tuvo tempranamente como horizonte la conformación y la legitimación de la identidad local y regional “imperialista” y “civilizatoria” donde la ciudad aparecía siempre representada como resultado de la cruzada contra la barbarie, como espacio específicamente ganado, con rigor o con templanza,

---

4 Véase: <http://blogs.ffyh.unc.edu.ar/escueladehistoria/files/2015/04/TESIS-DE-LICENCIATURA-en-HISTORIA-FFyH-UNC.pdf>

5 Véase: <http://blogs.ffyh.unc.edu.ar/escueladehistoria/files/2015/04/Tesis-del-Doctorado-en-Historia-FFyH-UNC.pdf>

en la avanzada histórica hacia el desierto por la civilización”. Asimismo, en nombre de la grandeza y del progreso, se forjaría desde las primeras décadas del siglo XX una imaginación histórica aparentemente deshilvanada del gran relato de la historia nacional en la que la íntima historia del terruño, progresivamente, era “sobrevalorada en su magnífica gesta particular”. Esta identidad local riocuartense, reafirmada durante todo el período, cumple una función clave en esta ciudad de frontera respecto al centro portuario -Buenos Aires- como a la capital mediterránea; constituye una marca de origen resignificada a lo largo de todo el período por múltiples actores que jugaron diferentes papeles en esta tarea común de fortalecimiento de una cultura histórica hegemónica. Marca de origen que legitimó y legitima acciones políticas tanto del pasado como del presente en nombre de una identidad omnipresente, naturalizada. Justamente uno de los grandes aportes de esta tesis consiste en evidenciar, a través de un documentado análisis de los usos del pasado, los vínculos claves entre la historia, la política y la memoria, para comprender el funcionamiento del poder en la historia argentina contemporánea. Pero dejemos la palabra al autor quien se anima a “increpar el cuerpo desnudo de las prácticas simbólicas que, discretamente, y en nombre de la historia, justificaron la muerte y obturaron la libertad”. El libro de Eduardo Escudero nos invita a este necesario y apasionante ejercicio colectivo.

Marta Philp  
Córdoba, otoño de 2016

## INTRODUCCIÓN

“La historia es lo único que resta. Como un friso fantasmal o como un retablo astroso bajo la indiferencia de los astros. Por eso hay que rehacerlos con fragmentos. Uniendo trozos de tradiciones y leyendas”

JUAN FILLOY, Río Cuarto, 1966.

El final del epígrafe que antecede anticipa, de algún modo, el tema en el que estriba este libro sobre la *cultura histórica*. En el origen de la investigación, plasmada ahora en esta publicación, se encuentra inscrita una pregunta que remite, precisamente, a una dimensión analítica que adopta como objeto de estudio a las complejas y múltiples formas en que una sociedad se relaciona con su pasado. De tal modo, en estas páginas se encuentra el resultado de una indagación de largo aliento que procuró entrever el modo en que se instituyó la cultura histórica y se desarrollaron los usos del pasado registrados en ese mismo proceso, en el plano de una experiencia histórica local e interiorana y visualizando particularmente el despliegue instrumental de dos propósitos y procesos: el que se orienta a la invención de la identidad y el que se ajusta a la operación de la legitimación política.

Este libro recoge lo fundamental de un estudio dispuesto a historizar una serie de prácticas significativas que, documentadas, pudieron dar cuenta de la elaboración de una memoria colectiva estabilizada, concebida asimismo con el propósito ser extendida a los diversos sectores sociopolíticos de la escala local. En base a ese objetivo, al registro, descripción, análisis e interpretación de esas prácticas escriturales, materiales y rituales, le siguió una operación que se propuso explicar globalmente el funcionamiento de esa cultura histórica en contexto y por medio de sus discursos, silencios y derivas. De este modo, del análisis de las transformaciones y las continuidades experimentadas por la cultura histórica en la ciudad de Río Cuarto, Córdoba, desde mediados del siglo XX hasta la transición hacia la democracia de 1983, fue posible la apertura metodológica de dos espacios de inteligibilidad. Reposada en éstos, la hipótesis central que guio la investigación afirmó la existencia de dos estaciones memoriales específicas, delimitadas ambas en función de las evidencias que resultan del estado del archivo y de las prácticas memoriales que contextualmente albergaron.

En ese sentido, la cultura histórica de la ciudad de Río Cuarto estabilizó en primer lugar una estación memorial dedicada a la consagración imaginaria de la ciudad sanmartiniana, adoptando y adaptando el relato liberal de esa epopeya nacional para lograr la vinculación positiva de la historia local en el concierto de la Nación. Asi-

mismo, esa primera e intensa etapa de configuración de la cultura histórica favoreció el desarrollo de diversos usos del pasado en el marco de la experiencia peronista, mediando entre la adopción de las directrices memoriales del gobierno nacional y las oportunas invenciones que se dispusieron merced a la agencia de los actores locales involucrados. En segundo lugar, se observa la traslación hacia la refundación de un pasado que, decididamente, revistió un carácter de intimidad y, por tanto, de parcialidad. La cultura histórica local tendió a ser más evidentemente localista cuando, desde finales de la década de 1950, se efectivizó una apuesta a la fijación de representaciones del pasado que remitían sobre todo a la historia de la Villa de la Concepción del Río Cuarto como supuesta célula de la civilización que, entramada en el tejido socio-histórico y cultural de la frontera sur cordobesa, había cuasi solitariamente vencido a la barbarie con la espada y, luego, con la cruz. De tal manera, este trabajo también demuestra cómo se buscó materializar, por medio de variadas prácticas sociopolíticas, una imaginación histórica que, si bien contaba antecedentes en proyectos y escrituras que datan de décadas anteriores, podía a su vez cobrar mayor sentido en función de la crisis política argentina, cuando se hacían más efectivos la presencia de la permanente tutela militar y el establecimiento final de dictaduras como la ocluida en 1983.

A partir de esa hipótesis central y heurística, este libro también sostiene otras afirmaciones que se encabalgan en esa adjudicación de cambio memorial, sin perder de vista las continuidades también presentes. En primer lugar, se demuestra el modo en que ante la búsqueda de una identidad regional y local se recurrió, con frecuencia y a lo largo del tiempo que se ha estudiado, a reactivar el mito de la Río Cuarto “Imperio” del sur cordobés, operación que aseguraba un supuesto carácter que se resistía a encuadrarse en pertenencia dentro del marco provincial, señalando con insistencia el maltrato histórico ejercitado siempre por Córdoba, Capital de la provincia, en su infravaloración del sur. Ese mito estructurante de un supuesto “ser local” singular, permitía también en Río Cuarto troquelar el territorio de la historia, señalando que la ciudad y su región habían subsistido y triunfado sin contar con el auxilio de nadie y que, en tal caso y por lo mismo, el presente y el futuro promisorio constituían laureles propios de una predestinada existencia.

Seguidamente, dentro del panorama memorial que cruza el siglo XX riocuartense, es posible observar cómo la cultura histórica supo pronto capitalizar aquellos episodios y procesos puntuales que, contemporáneamente, le confrieron a Río Cuarto un lugar de preeminencia en el marco de las luchas políticas e ideológicas del presente argentino. En ese sentido, el anticipado levantamiento del Gral. Dalmiro Videla Balaguer en Río Cuarto en contra del gobierno de Perón el 2 de septiembre de 1955 y, luego, la fundamental participación y el indiscutido liderazgo de un hijo de la ciudad, el Gral. Pedro Eugenio Aramburu, en la Revolución Libertadora, fueron hechos capaces de moldear y proyectar usos del pasado definidamente orientados a una persistente impugnación del peronismo, primero y de la democracia, luego. Como

se documenta y analiza en este libro, es indudable que el proceso de la Revolución Libertadora contribuyó a la consumación de esa instancia de activación y de reafirmación de la memoria y de los valores castrenses que algunos sectores riocuartenses, dominantes en lo político y cultural, buscaron actualizar y revalidar. En efecto, Río Cuarto contaba con una larga e intensa tradición de apego a la atmósfera militar: vale recordar que la antigua Villa había sido sede de la Comandancia de la Frontera Sur desde 1832 y que la ciudad también había orgullosamente albergado al Regimiento 14 de Infantería desde 1907 hasta 1966. Es notable cómo ambos antecedentes propiciaron por muchos años una sociabilidad que vehiculizaba el recuerdo de esa voluntad marcial de otrora, incluyendo la manifiesta e insistente consagración de los militares que la habían encarnado.

Además de ese giro que produjo en la cultura histórica un muy definido perfil localista, desde la década del sesenta se consideró también importante en Río Cuarto responder el interrogante por el “ser local” y por las condiciones de su existencia, al tiempo que el diagnóstico del presente asimismo se formulaba en función del logro de un salto progresivo hacia la modernización y el desarrollo. En tal dirección, en este libro se muestran en paralelo esos dos procesos: la creciente reelaboración y materialización de la memoria militar de la frontera sur y la escritura de una significativa ensayística localista, desplegada en pos de una interpretación del presente y de las perspectivas del futuro. Siempre en el marco de la ideología del progreso, los actores dedicados a la política y a la historia en Río Cuarto fueron verdaderos intérpretes del curso lineal de la historia de la ciudad hacia un estadio superador. En lo económico, el optimismo ciudadano era innegable, dada la inmejorable situación de la región agropecuaria y el crecimiento del sector comercial y de servicios local; y en lo político, la fuerza creadora se expresaba señalando con insistencia el lugar de la ciudad como reserva moral de la nación y de la ‘buena política’, aquella que se aprendía, indefectiblemente, de la historia. En relación a lo último, en este libro se historiza también el fenómeno de la utilización del tópico histórico e historiográfico de la Campaña del Desierto como núcleo de sentido medular en las operaciones de memoria y en el discurso político expuesto en el corpus fontal desde mediados de la década del sesenta. En ese sentido, los actores abocados a la elaboración de la cultura histórica, e implicados en sus usos, consagraron crecidos esfuerzos para sublimar el lugar de Río Cuarto en la consecución de la soberanía nacional, opción que se acercaba a un territorio político afín a la esencia tradicionalista y proclive a saludar y legitimar al autoritarismo.

Avanzando luego hacia el lugar analítico de las prácticas, este trabajo también buscó aportar una explicación sobre la actuación de los actores individuales e institucionales que, operando en nombre de la historia, recorrieron el espectro temporal que se estudia buscando influir y, por tanto, imponer determinadas visiones políticas. Es posible afirmar la existencia en Río Cuarto de un elenco más o menos estabiliza-

do de “intelectuales de pueblo” que, compuesto por historiadores, artistas, literatos, periodistas, políticos, militares y sacerdotes, fueron los encargados de conferir a la sociedad una cultura histórica en primer lugar considerablemente politizada y luego, también, estetizada.<sup>6</sup> En tal sentido, las representaciones históricas elaboradas y difundidas, ya sea merced al despliegue de redes, al replicado de prácticas de otras escalas o a la intrínseca creación en el locus; se orientaban, sobre todo, a la instrumentación de prácticas mayores, que trascendían el objetivo estrictamente historiográfico, a saber: el ejercicio de la política y de la cultura.

La mirada puesta en los usos del pasado tiene en el objeto de este libro un anclaje específicamente institucional que ocupa un espacio significativo: el estudio de la dinámica política e institucional de la Junta de Historia de Río Cuarto, la principal corporación dedicada a intervenir sobre el pasado local y elaborar y asignar sentido a una memoria oficial. En efecto, se busca explicar el efectivo trabajo de encuadramiento memorial perpetrado por esa entidad que desde 1966 comprendió acabadamente que el territorio del pasado revestía especial valor para la delimitación de identidades. Consecuentemente, los miembros de la corporación experimentaron por el lapso de veinte años, un apasionado fervor por decidir qué pasado debía estipularse y poner a la vista en Río Cuarto y qué valores debían extraerse de su enseñanza.

De acuerdo a lo expresado precedentemente, para esta indagación ha sido valiosa la consideración del proyecto historiográfico que, en palabras de Alejandro Cattaruzza, busca explicar y comprender las relaciones globales que una sociedad construye sobre las huellas reales o imaginarias de su pasado, admitiendo que las imágenes, representaciones y evocaciones del pasado remiten a la agencia de una sugestiva diversidad de actores en el cuadro amplio de las prácticas sociopolíticas. Así, la valoración del tiempo y de la experiencia social toda se adecuan a los imperativos de cada presente que, axiomáticamente, proveen las claves de significado que la conciencia histórica vehiculiza hacia el plano de la cultura.

Por todo lo mencionado, el objeto, el enfoque y la metodología del análisis propuesto se integran al campo de estudios que, desde hace ya varias décadas, busca arribar a una historia de la memoria. En efecto, las ciencias sociales, en particular la historia, han avanzado notablemente en la construcción de objetos de indagación que remiten, precisamente, a dar cuenta del proceso de construcción de las memorias e historias y representaciones del pasado, con sus puestas en valor y uso y sus derivas en la trama compleja de los procesos sociohistóricos. Al hablar de los “usos del pasado” se busca resaltar la matriz instrumental de aquellas prácticas sociales que más o menos deliberadamente hacen de la memoria un material al servicio de la construcción de sentidos e identificaciones. Igualmente, al examinar dichos “usos” se

---

6 De acuerdo a las claves teóricas procedentes de las lecturas de Jörn Rüsen desarrolladas en el apartado correspondiente a la perspectiva analítica.

intenta a menudo poder capturar en operación analítica aquellos discursos y prácticas por medio de las cuáles se decide quién, cómo, cuándo, y bajo qué condiciones se escoge lo que la sociedad debe recordar y lo que debe olvidar y evidenciar, asimismo y críticamente, la forma en que el pasado se convierte en un terreno de disputas y recurso de legitimación del poder.

En ese sentido, la historia se esgrime enérgicamente porque, indefectiblemente, en la condición humana el pasado es tanto una posibilidad como, fundamentalmente, una necesidad. Esta afirmación parte de la consideración del especializado carácter cultural y creativo de ese difuso constructo que constituye el pretérito, en tanto dimensión temporal expresada en la inercia de lo social, y de las estrategias que lo hacen factible en los procesos de memoria. En efecto, nada de lo que ha ocurrido entre los hombres ha podido capturarse unívocamente en acto, ni ha quedado en pie, ni mucho menos puede plenamente observarse desde el plano póstumo del presente. Con todo, el pretérito se habilita sólo merced a prácticas permanentes de invención, contribuyendo al proceso mediante el cual la conciencia de un devenir interpela la construcción social en sus más variadas aristas y dimensiones. El pasado es, entonces, posible por la memoria y necesario por la Historia, habilitado por facultad cultural y asimismo precisado gracias a las certezas que hacen de la experiencia humana un proyecto deliberado, develado por la Modernidad en esa significativa salida del hombre de su “minoría de edad”.

En función de lo expresado y para el análisis de los “usos del pasado”, en este libro se hace hincapié en ese carácter ‘no dado’ de aquello que la cultura moderna consideró “historia” y se ajusta la mirada en la atribución política de determinadas prácticas efectivas en la experiencia social por las que el pasado cobraba entidad por medio de plásticos e interesados procesos de concreción cultural. Por ello, el examen de la memoria en el marco de la historia de Río Cuarto, ciudad dominante del sur cordobés, se presentó propicio y vacante. En tal sentido y aportando un grado significativo de dificultad al proceso de investigación desarrollado, es preciso señalar que los escasos aportes historiográficos existentes sobre Río Cuarto, no llegaron a constituir un marco referencial-historiográfico de valor del que poder ceñirse y del cual partir, a diferencia de lo que ha ocurrido con la historiografía desarrollada en otros espacios regionales y locales de la Argentina desde las últimas décadas.

Asimismo, el desafío del estudio volcado en este libro también se sitúa en su concreto enfoque local. En tal sentido, la elección de un objeto de estudio circunscrito a una escala microsocia l asume dificultades metodológicas y políticas. En cuanto a lo primero, la tarea implicó librar una aguda batalla por la puesta en valor de una serie de procesos, prácticas y actores que resultan abiertamente desconocidos por la historiografía precedente y, también, por sus potenciales lectores. Frecuentemente se considera que una investigación ajustada a los límites de una espacialidad acotada tiene que “poder justificarse” frente a la potencialidad de los estudios estructurales

y/o centrales y abrir un espacio de comprensión de problemas que, frecuentemente, nunca han sido trabajados *in situ*. Sin embargo, se considera que precisamente esa situación es la que, a su vez, connota las potencialidades del trabajo en perspectiva local, cuando se tornan originales las labores de documentar y de adoptar un lenguaje micro para traducir y transponer el objeto que se estudia hacia otras dimensiones de su construcción historiográfica. De igual modo, y en cuanto al anteriormente aludido desafío político, en rigor de verdad político e historiográfico, la historia local debe poder superar el prejuicio que pesa en su marca de historiografía supuestamente ‘menor’, aparentemente mínima frente a las historias generales, nacionales y centrales de acuerdo a los límites demarcados por los espacios de mayor preeminencia historiográfica. En relación a lo expuesto y al momento de ofrecer una justificación de la perspectiva local aplicada en este trabajo, se cree necesario puntualizar que uno de los objetivos del enfoque no es sólo analizar la historia local sino, sobre todo, estudiar aquello que responde a una especificidad, a lo que lo hace irreplicable y que pudiera, ocasionalmente, tensionar, complejizar o discutir a largo plazo las evidencias defendidas desde la historia nacional o provincial.

De este modo, el desafío de hacer la historia de la memoria de una ciudad como Río Cuarto, cuyos procesos históricos implican vinculación e inclusión pero también marginalidad respecto de las dinámicas provinciales y nacionales, se tornó a la vez complejo y estimulante pero, por sobre todo, factible al comprobar la riqueza de las prácticas y los discursos presentes y emergentes en los registros documentales. Ante la interrogación del ojo investigador, las fuentes oficiales y periodísticas que, por ejemplo, se resguardan en el Archivo Histórico Municipal de Río Cuarto, se volvieron indispensables como ineludible respaldo para factibilizar la escritura de un relato tal vez más rico que el que existe en la historiografía de amateurs e historiadores no profesionalizados, y acaso más acorde a los actuales cánones y desafíos actuales de la disciplina histórica. Del trabajo sobre las colecciones periodísticas locales se rescataron las voces de escritores, intelectuales, sacerdotes, políticos, ensayistas e historiadores, todos registros que permitieron la reconstrucción del mapa de la cultura histórica y los usos del pasado por medio de sus actos escriturales historiográficos, literarios y políticos; de la fecunda ocasión de la efeméride, y con ella, los homenajes y las conmemoraciones evidenciando a su vez la *doxa* política; de las concepciones sobre la historia; y, por sobre todo, como ha dicho Michel de Certeau, de la siempre presente pasión por las cosas muertas.

Como se expresó al inicio de esta introducción, se considera que tan importante como la reconstrucción misma del pasado de una sociedad es el análisis de las condiciones y del modo en que se han forjado y se han difundido las imágenes que lo componen. Desnaturalizar el relato histórico de base y poner en proceso analítico a sus autores y a las instituciones que lo han consagrado y ofrecido desde lugares de poder, se vuelve un ejercicio a todas luces enriquecedor y aleccionador. Ese pro-

grama hilvana, necesariamente, cultura, intelectualidad y política, ya que no puede considerarse a la historia como territorio ajeno a las luchas por el poder y el prestigio y por la imposición de ciertas visiones del pasado que funcionen como el laboratorio del presente deseado y como la impugnación de los futuros no anhelados. Dicho de este modo, en la perspectiva de este trabajo mantiene prioridad la consideración de la globalidad de lo político, dado que allí se refleja, entre otros procesos, el modo de vida comunitario y las formas de acción colectiva, situando especialmente allí a las construcciones de identidad, de las que la historia y la memoria suponen ser importantísimos dispositivos.

En tal sentido, se considera al trabajo identitario como resultado de una configuración narrativa que esgrime identificaciones que, operacionalmente, formulan un universo repetible y performativo a la vez. Dicha identidad, que sometida al tiempo se ofrece inevitablemente a la transformación y al devenir, sin embargo encarna eventualmente una trama que la hace reconocible en el marco de las experiencias sociohistóricas concretas y entrecruzando los conflictos colectivos. Por ello, y en un acto de autoconciencia y declaración epistemológica, esta indagación renuncia a considerar que las identificaciones individuales tengan acaso mayor preeminencia. Por el contrario, y al tratarse del estudio de un objeto configurado por la ideología moderna, el estudio reconoce ese condicionante cultural y decide priorizar la representación colectiva de la identidad, discurso que funciona como matriz simbólica, plagada de referencias persistentes aunque, por cierto, no inmutables.

Para la reconstrucción histórica de la cultura histórica y sus usos, en este libro se ha procurado entramar una serie de episodios y, fundamentalmente, discursos que no pueden ser considerados aisladamente, dado que participaron todos de la atmósfera demarcada por el límite de lo decible, pensable y practicable en las diversas coyunturas histórico-políticas. A pesar de esa intención de proveer a la investigación de un amplio repertorio de prácticas significativas y pertinentes para la dilucidación del objeto de estudio, la trama resultante en la narrativa asume plenamente el hecho de haber abierto incontables cesuras, tanto discrecionales como involuntarias, reconociendo los límites que resultaron tanto de la finitud de las fuentes como de los deliberados alcances de la investigación. A efectos metodológicos, luego de un extenso capítulo teórico metodológico, el libro se ha organizado en dos secciones que seguidamente se detallan.

En la primera parte, que consta de tres capítulos y abarca el período 1947-1960, se presentan consecutivamente estudios sobre la imaginación histórica localista al promediar el siglo XX; los trabajos locales en torno a la tradición sanmartiniana y sus correspondientes memorias alternativas; y las prácticas efectivizadas para laudarse a los héroes y a los valores de la Revolución Libertadora. En tal sentido, el primer capítulo introduce al repertorio de representaciones del pasado que circulaban en la cultura local definiendo una identidad localista para Río Cuarto y esbozando el mar-

co de su experiencia histórica a partir de apuestas literarias y protohistoriográficas fragmentarias. El capítulo que sigue, en tanto, ingresa de lleno a una descripción del modo en que la memoria sanmartiniana fue ejercitada por la filial local del Instituto Nacional Sanmartiniano, en referencia a las directrices trazadas desde la corporación oficial y evidenciando la intensa actuación de los hombres y los actores institucionales de la ciudad. Seguidamente, se presenta el estudio detallado de la magna conmemoración sanmartiniana de 1950 incorporando, seguidamente y en el mismo apartado, las memorias alternativas que, impugnando al peronismo, hacían uso de otra imaginería histórica, en este caso, la trazada por un tenaz liberalismo. La primera parte de este libro también contempla el esbozo de un panorama del campo protohistoriográfico e intelectual ricuartense de los años '50. En esa sección se propone un mapa de las distintas figuras que se dedicaron escribir a historia local, haciendo lugar a la historización de alguna polémica suscitada y brindando claves de sus identificaciones políticas. De igual modo, ahí mismo se traza una caracterización de sus respectivas identidades historiográficas y se definen rangos y representaciones sociales en relación a esos actores. Finalmente, la primera parte de este estudio cierra con la exegesis de los usos del pasado en el contexto y con el pretexto memorial de la Revolución Libertadora, en particular exponiendo la *doxa* política y cultural en el marco de la línea Mayo-Caseros y los posteriores homenajes a la gloria de sus hombres.

En la segunda parte del libro, que consta de dos extensos capítulos y abarca la etapa 1960-1986, se examinan las operaciones destinadas a la consumación de una cultura histórica localista apegada a las representaciones de una memoria militar y fronteriza en Río Cuarto; los ensayos de interpretación ciudadana desarrollados en los años sesentas; las singulares expresiones y agudos conflictos memoriales en el marco del tercer peronismo; y el funcionamiento historiográfico y político de la Junta de Historia de Río Cuarto desde su fundación hasta la conmemoración de Bicentenario ciudadano en 1986. Consecuentemente, en el primer capítulo se documentan las prácticas rituales y los lugares de memoria que comenzaban a fundarse para la visibilidad de una memoria específicamente localista. De igual modo, se examinan las narrativas identitarias que, desde mediados de la década de 1960 se abocaron a la interpretación del 'ser ricuartense' en la historia, adscribiendo a la ideología del progreso en vistas al desarrollo y a la modernización económica y cultural. En el último y extenso capítulo, compuesto por cuatro apartados, se propone un estudio vinculante entre historia, memoria y política ingresando plenamente en el examen de los usos del pasado desarrollados en el marco de las dictaduras abiertas en 1966 y en 1976, reconstruyendo los fundamentos, las acciones y la agencia de los sujetos e instituciones intervinientes. Asimismo, se busca identificar las continuidades y transformaciones que, desde la década del setenta, signaron la progresiva y performativa estabilización de un pasado unívoco y portador de una valoración del tiempo afín a la atmósfera autoritaria.

En su operación historiográfica, el enfoque y el esfuerzo empírico de la presente investigación reposan en la certeza de su valor explicativo y comprensivo, dado que, en coincidencia con lo ya expresado por Marc Bloch, se considera que *para conocer bien una colectividad es importante, antes que nada y primero que todo, encontrar nuevamente la imagen verdadera o falsa que ella misma se formaba de su pasado.*<sup>7</sup> En ese sentido se ha concebido y escrito la historia que se presenta.

Hecha la breve introducción de lo que habrá de leerse en las páginas que siguen, finalmente considero necesario esgrimir aquí algunas sencillas palabras que permitan formular un sentido agradecimiento a quienes que me han acompañado en el transcurso de los largos años de trabajo destinados a la que fuera, originalmente, fue mi Tesis Doctoral en Historia, defendida en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba en diciembre de 2015. Agradezco a los miembros del Jurado que actuó en la oportunidad por sus agudos, lúcidos y constructivos aportes en el momento de la Defensa oral y pública, los Dres. Alejandro Cattaruzza, Silvia Romano y Silvia Roitenburd.

Asimismo, deseo nombrar a mis colegas y compañeras de trabajo en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto, las profesoras Claudia Harrington, Graciela Domínguez, Griselda Pécora y Marina Spinetta, quienes pronunciaron siempre a tiempo un mensaje de aliento y estímulo mientras también, y sin cesar, ejercíamos cotidianamente la docencia y la vida universitaria. Seguidamente, reconozco aquí también los fructíferos intercambios compartidos con los estudiantes de grado de Historia en el marco de las cátedras en las que enseño, tanto en el Departamento de Historia, Facultad de Ciencias Humanas (UNRC), como en la Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC).

De igual modo, preciso reconocer el acompañamiento de Dra. Marta Philp quien, además de dirigir con exactitud y exigencia la investigación doctoral, congregó en los últimos años en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades “María Saleme de Burnichón” (CIFYH) de la UNC, a un grupo de colegas y amigos que valoro enormemente y con el que desafiamos colectivamente el objetivo de aprender día a día el oficio: Matías Giletta, Denise Reyna, Agustín Rojas, Paola Bonvillani, Verónica Canciani Vivanco, Camila Tagle, Marcelo Guardatti, Ayelén Brusa, Eduardo Villafañe Molina y Gloria Di Rienzo.

De esta manera, pretendo también expresar mi gratitud a Omar Isaguirre, Director del Archivo Histórico Municipal de Río Cuarto, y a todo el personal de esa vital institución para la memoria de la ciudad de Río Cuarto. En ese recinto, en el que permanecí durante muchas horas y muchos días tras la búsqueda de las huellas

---

7 Cf. MARC BLOCH: “[Manuscrito inédito de meditación sobre la historia]”. En: MASSIMO MASTROGREGORI: *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio del historiador*. Fondo de Cultura Económica, México, 1995 [194?], p. 42.

que se anudan ahora en este libro, conté siempre con el incondicional apoyo humano y profesional que hizo más factible la apasionante aunque ardua tarea. Omar, por su parte, nunca dejó de ofrecerme desinteresadamente cuanto material estuviera a la guarda de su eficacia y entusiasmo de coleccionista, haciendo posible de este modo mi encuentro con fuentes inapreciables.

Gracias a la vida, en mis días en Córdoba siempre he contado con Verónica Heredia, sin cuya calidez y hospitalidad todo hubiera sido, indudablemente, menos posible y agradable. En Río Cuarto, en tanto, retribuyo profundamente el afecto y la complicidad de mis colegas y amigas Romina Núñez Ozán y Amalia Moine Tizón y también la grata compañía de María Antonieta Lloveras, Romina Luna, María Araceli Vogler y muchos otros queridos y leales amigos que no nombro en virtud del espacio.

Por último, quiero dar gracias a quienes amo y llenan mi vida de verdadero sentido. Por ello, este libro está dedicado a mi familia, entrañablemente.

## La perspectiva analítica

### Acerca del problema de investigación

El modo en que las sociedades se relacionan con su pasado o, dicho de modo más explícito y llano, la forma en que le otorgan entidad por medio de múltiples estrategias, constituye un espacio de la práctica social que las ciencias sociales, en particular la Historia, no han descuidado.<sup>8</sup> Resulta de sumo interés examinar cómo la incesante y necesaria apropiación social del pasado se constituye en un valioso recurso del que se valen los sujetos, grupos e instituciones para fundamentar su existencia en el tiempo y querer un futuro. Esta afirmación, sin embargo, debería acaso verse matizada en el presente, cuando existen indicios de que el futuro podría haberse extraviado y con ello también, la tradicional forma de mediar en la experiencia temporal constitutiva de la Modernidad.

Sin embargo, en el régimen de historicidad “clásico”, el pasado vuelto recurso de identidad y legitimación de visiones de mundo y de distintas opciones políticas, implicó la conformación de un modo relacional con la memoria que expresó, de modo complejo, los intereses que hacían de lo simbólico el vértice político que comandaba el entramado social. Por tanto, los vínculos entre historia, memoria y política se tornan, como objeto de análisis, fecundos como instancias de consumación de la complejidad intrínseca e inherente a todas las experiencias sociales. Éstas, instituyen discursos, rituales y cosas y evidencian la acción de sujetos e instituciones que producen la memoria y la confieren al colectivo, haciendo práctica la formalización de identidades políticas y sociales.

Por lo menos hasta los años setenta del siglo XX, era claro en que un pasado, un presente y un futuro dirimían el ordenamiento temporal de la sociedad occidental y que una Historia valía para todos, estando legítimamente instalada en los imaginarios de las naciones y Estados. Esa Historia, *relato estabilizado*<sup>9</sup> que oficiaba de molde para ejemplos morales, religiosos y políticos que inmutablemente se proponían para todas las épocas, resultaba en *magistra vitae* e idealmente no se alteraba con el tiempo, sirviendo, por tanto, para siempre. El pasado, de este modo, constituía la pieza clave para la identificación del sujeto político nacional, íntimamente ligada a

---

8 Un completo estado del arte crítico y enfocado desde la Argentina sobre la constitución de la memoria colectiva como objeto de estudio en la historiografía contemporánea, puede consultarse en ALEJANDRO CATTARUZZA: “Dimensiones políticas y cuestiones historiográficas en las investigaciones históricas sobre la memoria”. En: *Storiografia*, N° 16, Pisa-Roma, 2012, pp.73-82.

9 Cf. JAMES FENTRESS y CHRIS WICKHAM: *Memoria Social*. Frónesis/Cátedra, Universitat de València, Madrid, 2003, p. 70.

la noción de *progreso* desde la cual oficiaba de referencia positiva.<sup>10</sup> Asimismo, esa visión progresiva tuvo, asimismo y durante la Modernidad efectos muy importantes, dado que todo aquello que se esperaba del futuro al mismo tiempo se anhelaba desde el presente y condicionaba la visión del pasado que se enunciaba.

Como indica Reinhart Koselleck, la historia como maestra de vida podía enseñar a los contemporáneos o a las generaciones posteriores a ser más inteligentes o relativamente mejores, en la admitida constancia de la naturaleza humana hacia el progreso. Las historias eran útiles como medios demostrativos repetibles en doctrinas morales, teológicas, jurídicas, políticas, “y cuando se efectuaba una transformación social era tan lento y a tan largo plazo que seguía vigente la utilidad de los ejemplos pasados. La estructura temporal de la historia pasada limitaba un espacio continuo de lo que era posible experimentar”.<sup>11</sup>

En tal sentido, apostar a la construcción de un problema de investigación que pretenda examinar e interpretar el proceso de producción y transformación de la cultura histórica instalada en el régimen de historicidad antes enunciado, implica asumir sus características medulares y al mismo tiempo otorgar centralidad a *lo complejo*. La aludida complejidad se comprende en relación con los actores convocados, sus discursos y sus propósitos políticos en el marco de la experiencia que acontece, fraguando la memoria colectiva y la cultura histórica en determinados marcos sociopolíticos. Se considera relevante hacer pleno lugar a la noción de *memoria colectiva* clásicamente definida por los aportes de cepa durkhemiana de Maurice Halbwachs. Del mencionado clásico de la sociología de la memoria se consideran pertinente rescatar las apreciaciones efectuadas sobre el carácter eminentemente social de todo recuerdo y la inevitable fuerza que ejercen los “marcos sociales”, institucionales, para su posibilidad y desenvolvimiento.<sup>12</sup> Halbwachs se inclinó a postular que todo recuerdo individual está sustentado y es organizado por la “memoria colectiva”, que resulta ser el contexto social del que forman parte el lenguaje y las representaciones sociales del tiempo y del espacio vigentes; las clasificaciones de los objetos; y la realidad externa al sujeto. Abonando esta premisa y en una interesante reflexión, Julio Aróstegui sostuvo asimismo que la memoria colectiva no parece en absoluto ser un producto inmediato de la actividad social, sino que, por el contrario, se presenta en

---

10 Cf. La principal obra teórica de FRANÇOIS HARTOG: *Regímenes de Historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. Universidad Iberoamericana, México, 2007 [2003], especialmente los Cap. 1, 2 y 3. También véase la entrevista al mismo autor titulada: “Sobre la noción de régimen de historicidad”. En: CHRISTIAN DELACROIX, FRANÇOIS DOSSE y PATRICK GARCÍA: *Historicidades*. Waldhuter, Buenos Aires, 2010 [2009], pp. 145 y ss.

11 Cf. REINHART KOSELLECK: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós, Barcelona, 1993, p. 43.

12 Las dos obras clásicas de Halbwachs son *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos, Barcelona, 2004 [1925] y *La memoria colectiva*. Miño y Dávila, Buenos Aires, 2011 [1950].

tanto construcción cultural muy elaborada. Según el autor, la memoria colectiva sería *el lugar común* de todas las importantes realidades sociales, lugar desde el cual se alcanzaría la “concienciación histórico-social y cultural”<sup>13</sup> como referencia decisiva también en procesos como los de *identificación*, integración grupal o generacional y en la elucidación del significado de la *acción pública, social y política*: “Hay, en fin, una memoria *institucional*, lugares de memorias, liturgias y rememoraciones públicas, utilización política, derechos de la memoria y prácticas del olvido, cuyos contenidos son clave para la práctica y la reproducción social”.<sup>14</sup>

Autores ya canónicos han ejercitado, como parte de la agenda de la historiografía contemporánea y desde los años '80 del siglo XX, la enunciada operación de “historización de la memoria”. En tal sentido, son referenciales y a menudo asiduamente citados, entre otros, los trabajos de los historiadores Pierre Nora y Raphael Samuel, representantes de la tradición francesa y británica, respectivamente. Los mencionados historiadores han ofrecido estudios modélicos que examinan procesos de memoria situados en concretas experiencias nacionales, evidenciando las instancias de construcción social, las dinámicas del poder en sus símbolos e imaginarios y la conflictiva configuración de identidades. Pierre Nora tomó los bloques constituidos de la mitología nacional francesa, del sistema de organización nacional francés y de sus representaciones y los hizo pasar “bajo la lupa del microscopio del historiador”. El objetivo central de su trabajo en *Les lieux de mémoire* fue devolverle al recurso memorial, al historizarlo, su fisonomía originaria, evidenciando lo que cada elemento comportaba del conjunto y lo que implicaba de la identidad global de la nación francesa.<sup>15</sup> Así, en el trabajo de Nora se hace presente, como objetos de una trama a indagar, un variado abanico de temas que incluye símbolos que por muy familiares, no habían sido nunca estudiados históricamente, como por ejemplo *La Marsellesa* o la bandera tricolor. Por tanto, el aporte más significativo de *Les lieux* tiene su lugar en el delineamiento de un objeto global para la *historia de la memoria*, terreno para el análisis de las derivas de la nacionalidad de Francia a la luz de sus artefactos materiales o invisibles que componen ese “estudio polifónico”. El autor consideraba que su propuesta historiográfica constituía en efecto un “tipo de historia muy tradicional y muy nueva al mismo tiempo”:

“Muy tradicional, porque no supone ninguna metodología particular y se refiere a temas que todo el mundo conoce. Diríase que se

13 Cf. JULIO ARÓSTEGUI: “Retos de la memoria y trabajos de la historia”. En: *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*. Nº 3, Madrid, 2004, p. 21.

14 *Ibidem*, p. 22. Las cursivas están en el original.

15 Un interesante compendio de los textos más específicamente conceptuales expuestos por PIERRE NORA en *Les lieux* se encuentra en la edición uruguaya: *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Trilce, Montevideo, 2008, traducida por Laura Masello y con un Prólogo a cargo de José Rilla.

ha vuelto a los tiempos del positivismo e incluso más allá, por la *impronta casi literaria que supone*. Pero este tipo de historia es al mismo tiempo muy nueva porque, *historia de la memoria es una historia crítica toda ella* y no solamente por sus propios instrumentos de trabajo; una historia que ha entrado enteramente, de ahora en adelante, en lo que se podría llamar su edad epistemológica”<sup>16</sup>

Adhiriendo a lo que expone la cita anterior se considera que el modelo de trabajo desarrollado por el mencionado clásico de la historiografía francesa contemporánea representa un ineludible antecedente de investigación histórica en el estudio de una memoria colectiva nacional, una historia que se interesa un poco menos por los determinantes contextuales que por sus efectos memoriales y sus modalidades en cada coyuntura históricosocial. Al decir del historiador, intentó rastrear las acciones conmemorativas y observar sus juegos, no acudiendo a la fijación de acontecimientos sino dando cuenta de su construcción en el tiempo, de su desaparición y del resurgir de sus significaciones. Entre tales objetivos, Nora declaró que la empresa de *Les lieux* no se interesó por el pasado tal como ha acontecido, sino la *reutilización de que ha sido objeto en los sucesivos presentes* en los que la tradición lo hizo suyo, formulándolo y transmitiéndolo: “una historia que no se interesa por la memoria como recuerdo, sino como *economía general del pasado en el presente*”<sup>17</sup>

Diez años más tarde, Raphael Samuel y desde otro ámbito nacional e historiográfico, sostuvo que la memoria, “lejos de ser un mero dispositivo de almacenamiento o un receptáculo pasivo, un banco de imágenes del pasado, es una fuerza activa y modeladora; que es dinámica -lo que hunde sintomáticamente en el olvido es tan importante como lo que recuerda- y que se relaciona de manera dialéctica con el pensamiento histórico, en lugar de ser algo así como su otro negativo”<sup>18</sup>. La obra de Samuel reposa en la hipótesis de que todo ejercicio social de memoria se encuentra históricamente condicionado al punto que sus “tonalidades y sus formas cambian en función de las necesidades del momento”, muchas veces atentando contra la tradición y mudando progresivamente con el discurrir de las generaciones.<sup>19</sup> En ese sentido, la conmemoración y el uso del pasado llevarían siempre, de acuerdo lo muestra la obra ya canónica de Samuel, la impronta de aquellas pasiones dominantes en determinadas condiciones epocales. El historiador británico concedió a estos procesos de concreción de memoria sobre el pasado social el atributo de, por un lado, *fragmentar*

16 PIERRE NORA: “La aventura de *Les lieux de mémoire*”. En: JOSEFINA CUESTA BUSTILLO (Edit.): *Memoria e Historia*. Marcial Pons, Madrid, 1998, p. 25. Las cursivas nos pertenecen.

17 *Ibidem*. Las cursivas nos pertenecen.

18 RAPHAEL SAMUEL: *Teatros de la memoria. Pasado y presente en la cultura contemporánea*. Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2008 [1994], p. 12.

19 Cf. *Ibidem*.

y *dividir* lo que en origen podía presentarse como un todo, quitando un detalle descriptivo por aquí, una escena memorable por allá y, como contrapartida, el de *componer e integrar lo que en origen podía ser divergente, sintetizando diferentes clases de información y contraponiendo distintos órdenes de experiencia*.<sup>20</sup>

En todo caso, Raphael Samuel propuso la idea de que la historia es una forma de “conocimiento orgánico, caracterizada por la diversidad de unas fuentes” que en sociedad no sólo se remontan a la experiencia de la vida real, sino también a la *memoria y al mito, a la fantasía y al deseo* y que *no sólo proceden del pasado cronológico archivado en los fondos documentales, sino también del pasado atemporal de la “tradición”*.<sup>21</sup> Necesaria operación se antepone como condición ineludible para el acto que insufla “nueva vida en lo que estaba medio olvidado”, creando un relato que, logrando imponer orden en el caos y crear imágenes mucho más nítidas que realidad alguna, importan al entramado social. El aporte de *Theatres of Memory* es, sin duda, la visión totalizadora del fenómeno social de la memoria en vistas de entrever los efectos simbólicos del pasado sobre el presente.

Casi en paralelo, en el concierto de la historiografía argentina, en la década de 1990 se publicaron en la Argentina algunos pocos textos que alcanzaron considerable difusión y acogida al ofrecer, cada uno en correspondiente problematización, un modelo metodológico y sólido aparato erudito, las coordenadas de un enfoque historiográfico que anudaba la tríada heurística compuesta por la memoria, la historia y la política. En primer lugar se considera precursor el aporte de Diana Quattrocchi-Woisson, resultante de la investigación correspondiente la tesis de doctorado de la autora, defendida en 1989 en la Universidad de París VII. En *Los males de la memoria*, la historiadora argentina se dispuso a escrutar un fenómeno historiográfico “nacional” concreto como lo es el Revisionismo Histórico, desanudando en una mirada

---

20 Cf. *Ibidem*.

21 Cf. *Ibidem*. Resulta imposible no hacer referencia a el ya clásico texto de Eric Hobsbawm al presentar la noción de “tradiciones inventadas”, las que “implican un grupo de prácticas, normalmente gobernadas por reglas aceptadas abierta o tácitamente y de naturaleza simbólica o ritual, que buscan inculcar determinados valores o normas de comportamiento por medio de su repetición, lo cual implica automáticamente continuidad con el pasado. (...) Estas tradiciones inventadas parecen pertenecer a tres tipos superpuestos: a) las que establecen o simbolizan cohesión social o pertenencia al grupo, ya sean comunidades reales o artificiales; b) las que establecen o legitiman instituciones, estatus, o relaciones de autoridad, y c) las que tienen como principal objetivo la socialización, el inculcar creencias, sistemas de valores o convenciones relacionadas con el comportamiento. Mientras que las tradiciones de los tipos b) y c) se crearon artificialmente (como las que simbolizaban sumisión a la autoridad en la India británica), se puede sugerir provisionalmente que el tipo a) fue el dominante, y que las otras funciones se consideraban implícitas o surgidas de un sentido de identificación con una «comunidad» y/o las instituciones que la representaban, expresaban o simbolizaban como “nación”. Cf. ERIC HOBBSBAWM y TERENCE RANGER (Eds.): *La invención de la tradición*. Crítica, Barcelona, 2002 [1983], pp. 8 y 16.

de larga duración sus razones, implicancias y múltiples dimensiones, más allá de las estrictamente relacionadas con las versiones del pasado que efectivamente brindó.<sup>22</sup>

La precisa investigación de Diana Quattrocchi-Woisson sobre el tema “Rosas” como objeto historiográfico implicó una operación metodológica más compleja que las desarrolladas hasta entonces en la historiografía Argentina. En efecto, la autora arribó a la explicación y la interpretación del Revisionismo en función de variables como Memoria, Política e Identidad, restituyendo el objeto de su análisis a dimensiones más globales, relativas al “conjunto de representaciones y preocupaciones de una sociedad respecto de su pasado” y a fenómenos “poco estudiados y mal definidos aún” como “sentimiento nacional, imaginario colectivo e identidad nacional”.<sup>23</sup> En verdad, la autora buscaba poder brindar, investigación mediante, claves interpretativas para observar las agudas divisiones y enfrentamientos historiográficos y políticos vigentes a lo largo de todo el siglo XX en la Argentina, explorando cómo la historia y la memoria ingresaban de lleno en el plano de esos combates y constituyendo una verdadera “contrahistoria”. De modo alguno, esta obra referente y también discutida sobre todo en su periodización del fenómeno estudiado, adjudicó a los combates memoriales la capacidad de constituirse en “un barómetro” de la Argentina contemporánea, instrumento idóneo para brindar una mayor comprensión de los cambios fundamentales del paisaje político, social y cultural en el país.<sup>24</sup>

Consecuentemente el estudio, como ya se dijo pionero, de Diana Quattrocchi, implicó a su vez la formulación de un objeto de estudio que importó algunas variables novedosas en la historiografía argentina. Si desde el plano metodológico estableció una reconstrucción tradicional, diacrónica, cuya periodización se ajustó a recortes acordes al recorte político e institucional, sin embargo analíticamente ofreció instancias explicativas innovadoras, documentando y narrando los nudos que implicaron el surgimiento de la memoria rosista, su oficialización y las sucesivas reactualizaciones a lo largo del complejo marco temporal estudiado. Consecuentemente, el estudio fue capaz de mostrar los conflictos suscitados por el “sentido común histórico argentino”<sup>25</sup> y múltiples actores individuales y colectivos implicados en los mismos. Se considera que este antecedente se integra al conjunto constituido por los pocos trabajos que brindaron miradas globales de problemas historiográficos considerados “nacionales”, no por adscripción a la esencia de su enunciación, sino por su adjudicación, en extenso y no siempre justificada, a la historiografía de todo el territorio de la Argentina. En tal sentido, el estudio de Quattrocchi-Woisson, tanto por su muy nutrido y pertinente *corpus* fontal como por su recorte espacial, refiere a la dinámica revi-

---

22 DIANA QUATTROCCHI-WOISSON: *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*. Emecé, Buenos Aires, 1995 [1989].

23 Cf. *Ibidem*, p. 23.

24 Cf. *Ibidem*, p. 22.

25 Expresión de Tulio Halperin Donghi.

sionista registrada fundamentalmente en Buenos Aires. Semejante operación también se observa en otros trabajos igualmente fundacionales y fundamentales, como los de Mariano Ben Plotkin y Alejandro Cattaruzza.

Si bien el conocido trabajo de Plotkin se ocupa, centralmente y en extenso, de estudiar los mecanismos simbólicos e institucionales puestos en marcha por el primer peronismo para lograr el consenso político y la movilización masiva de amplios sectores de la sociedad argentina, en su desarrollo se contempla el estudio de los usos del pasado orientados a tal fin.<sup>26</sup> Se considera interesante e historiográficamente estimulante que en el amplio panorama delineado por el autor en *Mañana es San Perón*, la producción y difusión de representaciones del pasado se integren analíticamente y sin distinción de rango, con otras prácticas políticas y culturales, como los rituales en pos de la apropiación del espacio simbólico y la instancia educacional como campo privilegiado de formación política partidaria y de profundización de una conciencia nacionalista. De acuerdo a lo antedicho, se considera que el aporte de Plotkin remite a la necesaria ubicación metodológica de los usos del pasado en el seno de prácticas sociohistóricas más amplias y múltiples en función del objetivo político. De este modo, por ejemplo, la consagración del Año Sanmartiniano en 1950 fue considerada por el autor una instancia sobre todo orientada al adoctrinamiento peronista y un intento denodado por proveer un “intercambio simbólico” sobre todo luego de la crisis económica de 1949 y la consecuente incapacidad “del régimen” en proveer beneficios económicos concretos.<sup>27</sup> Similar operación y perspectiva se registra en la investigación de Mariano Plotkin cuando al analizar la difusión de la “cartilla patriótica” que contenía referencias al pasado y el discurso de otros textos de procedencia pedagógica y educacional, concluye advirtiendo que la historia que se transmitía iba de la mano con “la concepción oficial” peronista y era presentada en muy estrecha vinculación con los hechos ocurridos en el gobierno de Perón, otorgando legitimidad a esas políticas.<sup>28</sup>

---

26 MARIANO BEN PLOTKIN: *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, Caseros, 2007 [1993].

27 Cf. *Ibidem*, pp. 137-138.

28 Cf. *Ibidem*, pp. 200-201. Algunos aportes han indagado, desde la historiografía educacional, los caracteres de los usos del pasado en Córdoba, espacio cultural y político frecuentemente definido en su contrapunto con los procesos “nacionales”. Silvia Roitenburd ha notado cómo el nacionalismo católico cordobés (NCC) fue articulando un discurso histórico de raíz hispanista que presentó al catolicismo como esencia fundacional de la nación argentina, cuestión que se diferenciaba de la visión hispanista de Perón, que la articuló a su propia “identidad justicialista”, a su vez, excluyente: “(...) La consagración en 1950, por parte del gobierno justicialista, del “Año del Libertador General San Martín”, ilustra aspectos de esta lucha en el campo de la historia por enraizar la identidad nacional. La forma en que cada uno -Perón y el NCC- delineó su figura permite analizar las estrategias políticas

Más allá de sus conclusiones específicas acerca de la dinámica político-cultural del primer peronismo y a los efectos de esta tesis, se rescatan de la investigación de Plotkin al menos dos contribuciones específicas. En primer lugar la habilitación de lo simbólico como dimensión fundamental que conlleva a la legitimación de los modelos políticos y las políticas concretas. En segundo término, la amalgama a la que se someten las representaciones del pasado y sus usos, coadyuvando a la complejización de la historiografía en conexión con otras prácticas, actores y discursos provenientes de otros lugares de enunciación y significación.

En semejante dirección se encuentran asimismo ubicados los trabajos señeros de otro historiador ineludible de los usos del pasado en la historiografía argentina contemporánea, Alejandro Cattaruzza. El mencionado referente ha favorecido, a partir de sus investigaciones y lineamientos conceptuales, a considerar el modo en que actores e instituciones se esfuerzan por ofrecer interpretaciones de algún segmento significativo del pasado y difundir una versión e imponerla a otras que compiten con ella.<sup>29</sup> Esas utilizaciones de representaciones del pasado exhiben, según Cattaruzza, características propias porque, en primer lugar, siempre se trata de competencias y de debates entre varias lecturas de la historia y, luego, porque esos debates poseen un objeto *explícito*, a su vez auténtico, constituido por imágenes del pasado, y otro *implícito*, tan auténtico como el anterior, que se define en el presente y está asociado a los conflictos políticos del momento.<sup>30</sup> En sus muchos e importantes aportes empíricos, Cattaruzza definió un modelo de trabajo que incorpora en articulación a diversas

---

que subyacen en la construcción de ciertos relatos históricos, concebidos fuera del campo propio de la indagación histórica, pero difundidos a toda la sociedad. San Martín pasó a ser el centro de una encendida batalla. Mientras Perón lo convirtió en su antecesor inmediato, con lo que su propia figura quedaba de relieve -construida sobre tan magno precedente-, el NC lo transformó en un “semidiós católico”, haciendo caso omiso de todos los datos que atestiguaban acerca de su ateísmo y de los conflictos que lo habían enfrentado, durante las guerras de la Independencia, a las altas jerarquías eclesiásticas contra-revolucionarias (...)”, SILVIA ROITENBURD: “Identidad nacional y legitimidad en el discurso del nacionalismo católico cordobés (1943-1955)”. En: *E.I.A.L. Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. Facultad de Humanidades Lester y Sally Entin, Escuela de Historia, Instituto de Historia y Cultura de América Latina. Vol. 5, N° 2, julio-diciembre de 1994, p. 15.

29 Cf. ALEJANDRO CATTARUZZA: *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910 – 1945*. Sudamericana, Buenos Aires, 2007, p. 17. Mencionamos a modo de orientación otros trabajos del mismo autor: “El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas”. En: ALEJANDRO CATTARUZZA y ALEJANDRO EUJANIAN: *Políticas de la Historia. Argentina 1860 – 1960*. Alianza, Buenos Aires, 2003 [1993]; “Descifrando pasados: debates y representaciones de la historia nacional”. En: ALEJANDRO CATTARUZZA (Dir.): *Nueva Historia Argentina. Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política*. Sudamericana, Buenos Aires, 2003; “La nación y sus pasados en la Argentina de entre-guerras: los historiadores, la enseñanza de la historia y el folclore en la escuela”. En: *Entre pasados. Revista de historia*. N° 26, Buenos Aires, 2004.

30 Cf. *Ibidem*, p. 19.

prácticas que asumen a las disputas por el pasado como nervio conducente, acudiendo tanto a los discursos de los historiadores como a los de otros actores e instituciones que pudieran verse implicados. En tal sentido, la obra de este historiador, siempre globalizante, totalizadora y enunciada desde el plano de los hechos historiográficos predominantemente rescatados desde la experiencia de Buenos Aires, constituye toda una referencia.

A diferencia de los trabajos de Alejandro Cattaruzza, tanto el estudio de Diana Quattrocchi, como el de Mariano Plotkin y el reciente aporte del historiador alemán Michael Goebel,<sup>31</sup> a partir de sus respectivos tópicos de indagación se orientaron explícitamente a explicar un fenómeno a la vez puntual y mayor como lo es el origen, la difusión y también la persistencia del nacionalismo en la Argentina. Sin desconocer la riqueza de esa perspectiva historiográfica, tal vez sea posible considerar que se circunscribe demasiado en su alcance analítico al ceñir los respectivos objetos de estudio al plano eminentemente ideológico y en su franca oposición reduccionista al liberalismo. Por otro lado, y esto efectivamente interesa en el marco de la presente tesis, sus aportes resultan insuficientes a la hora de contrastarlos o sumarlos a la experiencia de dinámicas políticas y culturales que exceden o no experimentaron significativamente el nacionalismo. En ese sentido, es válido enfatizar que en el “interior” de la Argentina la Nación y también el nacionalismo fueron representados y leídos muy disímilmente. Tanto el nacionalismo originario de finales del siglo XIX como el que emergió a partir de la crisis del consenso liberal en el siglo XX deben ser considerados de manera plural y a la vez singular si se los pretende explorar en espacios alejados de la dinámica intelectual y política porteña. En las provincias, regiones o más aún, en localidades interioranas, la nación podía llegar a no ser una preocupación que insumiera esfuerzos intelectuales o, posiblemente, podía constituir una dimensión instrumentalmente trabajada en pos de otra identidad, la identidad del *locus*.

Por lo antedicho y si bien son textos canónicos, los aportes mencionados frecuentemente resultan insuficientes al momento de emprender estudios más complejos de, fundamentalmente, aquellos procesos registrados desde otros posibles recorres espaciales. De igual modo, y sin aminorar la autoridad de sus valiosas conclusiones, esos aportes no siempre logran satisfactoriamente responder las preguntas sobre la cultura histórica constituida en lugares signados por otra situación espacial y política. Ante tal panorama, ventajosamente existen algunos pocos trabajos que, recientemente, han avanzado en estudios situados en lugares de escala local y provinciana. En su tesis doctoral defendida en la Universidad Nacional de Córdoba en el año 2007, Marta Philp desarrolló un análisis de las relaciones entre la historia, la política y la memoria en pos de la comprensión del problema de la legitimación

---

31 MICHAEL GOEBEL: *La Argentina partida. Nacionalismos y políticas de la historia*. Prometeo, Buenos Aires, 2013 [2011].

del poder. El lugar elegido, en este caso, fue Córdoba en temporalidad reciente y las prácticas consideradas, particularmente, fueron los usos del pasado evidenciados en homenajes y conmemoraciones. La historiadora abrió, de este modo y con su investigación, un campo novedoso en la historiografía argentina, nacional, regional y provincial, animando a la reconstrucción de procesos situados para entrever tanto su singularidad como su encuadre en el concierto de algunas memorias nacionales.<sup>32</sup> Si bien la autora privilegia la perspectiva política en tanto campo de disputas y trabajo de producción de sentido, el relieve cabalmente historiográfico resulta central en la prioridad otorgada al lugar de las representaciones del pasado y sus usos desplegados en ambos planos, abonando a su vez la nueva agenda de la historia de la historiografía no sólo por su tema y su enfoque sino también por los límites espaciales adoptados.

De acuerdo a lo expuesto precedentemente, la presente *investigación histórica sobre la memoria* se considera en gran parte heredera de los antecedentes mencionados, tanto de los europeos como de los argentinos y de los últimos desarrollos en la historiografía regional argentina dedicados, como ha notado María Silvia Leoni en un reciente estado del arte, al análisis de la relación entre la construcción de las identidades regionales y la de la nacionalidad. Dando a conocer las específicas estrategias de elaboración identitaria incluyendo el análisis de los agentes productores de discursos regionalistas y localistas y la elaboración de saberes científicos desde espacios regionales y locales en articulación con lo político, en esos estudios se ha buscado examinar el modo en que trataron de definir y legitimar las entidades locales y regionales.<sup>33</sup> En cuanto a los estudios específicamente abocados a los usos del pasado desde la consideración de los discursos historiográficos y desarrollados a escala provincial, se consideran centrales los aportes de los núcleos de investigación situados, a su vez, en Chaco, en Corrientes, en Santa Fe y en Córdoba. En esas experiencias por cierto recientes se denota la necesidad de avanzar en el análisis de los procesos singulares de apropiación de la memoria nacional por parte de los trabajos de la memoria local, atendiendo a la preocupación de matizar, discutir y complejizar lo ya dicho por

---

32 MARTA PHILIP: *Memoria y política en la historia argentina reciente: una mirada desde Córdoba*. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 2009. Es importante mencionar también los trabajos de María Silvia Leoni, María Gabriela Quiñónez, y María del Mar Solís Carnicer que, referidos a la historiografía correntina y chaqueña, desarrollan esta perspectiva de analizar la escritura de la historia y la problemática de la memoria a escala regional, en tensión crítica con la historiografía nacional. A modo de ejemplo, pueden consultarse las siguientes publicaciones: MARÍA SILVIA LEONI DE ROSCIANI y MARÍA GABRIELA QUIÑÓNEZ: "Combates por la memoria. La elite dirigente correntina y la invención de una tradición sanmartiniana". En: *Anuario de Estudios Americanos*. Tomo LVIII, 1, 2001; ERNESTO MAEDER, MARÍA SILVIA LEONI, MARÍA GABRIELA QUIÑÓNEZ y MARÍA DEL MAR SOLÍS CARNICER: *Visiones del Pasado: estudios de historiografía de Corrientes*. Moglia, Corrientes, 2004.

33 MARÍA SILVIA LEONI: "Treinta años de historiografía política regional". En: *PolHis*, Año 6, N° 12, Buenos Aires, 2do. semestre de 2013, p. 52.

aquellos estudios que suponen, erróneamente, ser exitosamente abarcativos desde escrituras enunciativas de ‘lo nacional’, en realidad ‘porteñocéntrico’.<sup>34</sup>

En este sentido, se sabe que en Argentina y desde finales del siglo XIX, las memorias locales, regionales y provinciales desafiaron en forma sostenida la acentuada presencia y legitimación de las representaciones del pasado nacional difundidas desde Buenos Aires.<sup>35</sup> Los trabajos de la memoria en espacios interioranos se vieron muy a menudo puestos en tensión entre las pasiones localistas y la irrenunciable potencia del relato de la historia liberal o revisionista que se proveía desde los espacios de mayor preponderancia política y cultural/intelectual del país. A su vez, en particular configuración, los espacios aun más distantes de ambas mencionadas escalas, se presentan como territorios de mayor elasticidad entre lo local, lo regional, lo provincial y lo nacional, acudiendo en sus memorias a autodefinirse y legitimarse en función del *horizonte de expectativa* que interpelaba a sus experiencias particulares y coyunturales.<sup>36</sup>

La elaboración de la memoria colectiva en la región de Río Cuarto, al sur de la provincia de Córdoba, no ha sido estudiada sistemáticamente. Los aportes historiográficos recientes en torno a la historia de la ciudad y su región constituyen, en su mayoría, avances empíricos sobre problemas históricos concretos, en especial del siglo XIX, por tanto, y la historia política y socio-cultural del siglo XX es todavía un terreno tal vez muy poco explorado por los historiadores y científicos sociales.<sup>37</sup> Se

---

34 Cf. ERNESTO MAEDER, *et. al.*: *Visiones del Pasado... Op. Cit.*; MARTA PHILP (Comp.): *Intervenciones sobre el pasado*. Alción, Córdoba, 2011; MARTA PHILP (Comp.): *Territorios de la historia, la política y la memoria*. Alción, Córdoba, 2013. En el mismo sentido corresponde hacer lugar a otros aportes centrados en otros ámbitos de la historiografía nacional: TERESA SUÁREZ y SONIA TEDESCHI (Comp.): *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*. Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 2009; TERESA SUÁREZ, *et. al.*: *La memoria santafecina convocada. Reflexiones sobre la obra de sus historiadores pioneros*. Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, 2013; y MARÍA GABRIELA MICHELETTI: *Historiadores e Historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881-1907*. Lumiere, Buenos Aires, 2013.

35 Cf. MARÍA GABRIELA QUIÑÓNEZ: “Hacia una historia de la historiografía regional en la Argentina”. En: TERESA SUÁREZ y SONIA TEDESCHI (Comp.): *Historiografía y sociedad... Op. Cit.*, p. 13.

36 Para Koselleck el “horizonte de expectativa” identifica a la experiencia moderna y, más aún, a una expectativa moderna: que sea cada vez más factible planificar la historia y también poderla ejecutar. A su vez sostiene teóricamente: “la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro. Las categorías son adecuadas para intentar descubrir el tiempo histórico también en el campo de la investigación empírica, pues enriquecidas en su contenido, *dirigen las unidades concretas de acción en la ejecución del movimiento social o político*”, Cf. REINHART KOSELLECK: *Futuro pasado... Op. Cit.*, p. 337. Las cursivas nos pertenecen

37 A modo ilustrativo pueden mencionarse los siguientes aportes: MARCELA LIS BOSCO: *Río Cuarto imaginado por sus periodistas y pobladores. Ciudad, imágenes e identidad*. Tesis de Licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Río Cuarto,

considera entonces necesario observar cómo, desde la década de 1920, se registró en Río Cuarto la escritura de un discurso histórico fundacional que encontró en el concepto de civilización el soporte eficaz mediante el cual alcanzar la configuración de un pasado sobre la base de la ya clásica dicotomía civilización-barbarie, dando cuenta efectivamente de la marcha de la historia.<sup>38</sup> Los historiadores locales, sacerdotes, docentes, periodistas y literatos con inclinaciones historiográficas, “intelectuales de pueblo”, contribuyeron a través del tiempo a idear el mito de una Río Cuarto “villa heroica del desierto”, heroísmo épico que subrayaba el valor de esa ciudad que había desafiado “la fiereza del bravo y salvaje ranquel con la cruz y con la espada” y que finalmente había escrito “sus hazañas con la sangre de sus hijos”.<sup>39</sup>

Hacia mediados del siglo XX, reclamando modernización, industrialización y mayor visibilización en los contextos provincial y nacional, la sociedad riocuartense en la pluma y acción de sus actores de mayor preponderancia cultural y política comenzó a desplegar más evidentemente una operación identitaria que implicó, con intensidad, la pragmática de singulares usos del pasado. Desde los años de la década de 1950 quedó más o menos delineado cuál sería el elenco de voces autorizadas en la instauración de la memoria y en los aportes más significativos en la tarea de definir las representaciones del pasado local, desarrollando estrategias para instituir relatos y, con ello, lograr posiciones de autoridad. En esas prácticas, mediaba una preocupación por nombrar ‘el’ origen, ‘la’ historia, ‘la’ naturaleza del ser local, todo ello en el contexto de procesos sociales y políticos más vastos, coyunturas democráticas y autoritarias que demarcaron los límites de lo pensable y lo decible.

En este libro se documentan y analizan las relaciones entre historia, memoria y política en y desde las representaciones y los usos del pasado local en la ciudad de Río Cuarto. Poniendo especialmente la mirada en conmemoraciones, actos escriturales y prácticas sociales diversas efectivizadas en nombre de la historia; se busca asimismo examinar las operaciones de definición identitaria y los procesos de legitima-

2001 [inédita]; EDUARDO ESCUDERO y REBECA CAMAÑO (Comp.): *Río Cuarto en tiempos del primer peronismo. Aproximaciones desde la historia*. Ferreyra editor, Córdoba, 2011; CLAUDIA HARRINGTON (Comp.): *Rastros para una cartografía identitaria riocuartense*. Ferreyra editor, Córdoba, 2013; y CLAUDIA HARRINGTON, et. al.: *Cultura y política en Río Cuarto, del peronismo al frondicismo*. Ferreyra Editor, Córdoba, 2016.

38 Algunos trabajos sobre los “orígenes” de la historiografía riocuartense: EDUARDO ESCUDERO: “Historiografía y cruzada católica: el caso de Mons. Juan B. Fassi en la región del río Cuarto (1920-1950)”. En: *Cronia. Revista de Investigación de la Facultad de Ciencias Humanas*. Año 19 – Vol. XI, Universidad Nacional de Río Cuarto, 2015, pp. 119 y ss.; y “Dar a Sobremonte lo que es de Sobremonte. El historiador Alfredo C. Vitulo, la memoria y la identidad histórica riocuartense”. En: *XXXº Encuentro de Geohistoria Regional – UNNE/CONICET – Resistencia, Chaco, 2010*. [mimeo]

39 Tomando y parafraseando pasajes del poema *Villa Heroica* de Jorge Torres Vélez, letra de la ex canción oficial de la ciudad de Río Cuarto.

ción política que metodológicamente se presentan a partir de un esquema diacrónico que parte de 1947 y concluye en 1986.<sup>40</sup> Ese arco de tiempo constituye la apertura de un espacio de inteligibilidad que da cuenta de al menos dos estaciones memoriales-políticas-identitarias. La primera, que permite visualizar una identidad de filiación nacional-sanmartiniana labrada y sostenida al calor de la experiencia peronista y la segunda, que permite observar el ejercicio de una memoria más evidentemente localista filiada a la conquista del desierto, forjada al calor de la atmósfera autoritaria de los años sesentas y setentas. El final del recorrido llega hasta la conmemoración del Bicentenario de la ciudad en noviembre de 1986, oportunidad en que la flamante democracia de signo radical buscó la oportunidad de legitimarse esgrimiendo también sendas representaciones del pasado local sobre todo apegadas a la tradición.

### **Dominios historiográficos implicados en esta historia de la memoria**

El estudio de estas intervenciones sobre el pasado puede ubicarse en el seno del campo de estudios específico de la historia de la historiografía, dominio lindante con la historia cultural y la historia política, dado que ese análisis se efectúa en marco de un contexto que provee los ejes fundamentales para su resolución:

“La memoria histórica orienta la perspectiva temporal, en la cual el pasado aparece como historia plena de sentido y significado para el presente, siempre siguiendo un sistema de coordenadas político (entre otras cosas) que corresponde con las voluntades empujadas por el poder, con las cuales los sujetos que memoran organizan su vida en la práctica.”<sup>41</sup>

En su renovada agenda la historia de la historiografía brinda, según Alejandro Cattaruzza, las herramientas que permiten la interrogación sobre los más diversos modos en que una sociedad intenta dar cuenta de su pasado, “inventándolo, imaginándolo, investigándolo científicamente o aun aboliéndolo”.<sup>42</sup> Estas prácticas, que van des-

40 Lucio Levi afirma que todo proceso de legitimación política precisa de la ideología para su consumación. La misma, en tanto “imagen deformada de los intereses de los protagonistas la lucha social” tiene la función de legitimar el poder constituido: “se trata de una representación completamente fantástica de la realidad y no de una simple mentira”, contiene elementos descriptivos que lo hacen creíble y es idóneo para producir el fenómeno del consenso. Cf. LUCIO LEVI: “Legitimidad”. En: NORBERTO BOBBIO, *et. al.*: *Diccionario de Política*. Siglo XXI, México, 1995, pp. 864-866.

41 JÖRN RÜSEN: “¿Qué es la cultura histórica?: Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia”. En: FÜSSMANN, K., GRÜTTER, H.T., RÜSEN, J., (Eds.): *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*. Böhlau, Keulen, Weimar y Wenen, 1994, p. 19. Las cursivas nos pertenecen.

42 ALEJANDRO CATTARUZZA: “Por una historia de la historia”. En: ALEJANDRO CATTARUZZA y ALEJANDRO EUJANIAN: *Políticas de la Historia.... Op. Cit.*, p. 213. Un diagnóstico preciso y contextual sobre el campo historiográfico en sus implicaciones teóricas y objetos de investigación puede leerse en FER-

de la pura invención hasta la más sofisticada y erudita operación historiográfica, se insertan necesariamente en el marco de contextos culturales que las connotan, las impugnan ó las legitiman y viabilizan para su orientación y vigencia en espacios socioinstitucionales más amplios, esos que exceden en demasía a las academias y a los lugares definitivamente destinados para la labor histórica de carácter científico-académico. Para remarcar y adherir a la línea de conceptualización historiográfica señalada por Cattaruzza, se suma la afirmación de Massimo Mastrogregori quien, buscando amplificar y complejizar el horizonte de la historia de la historiografía como campo de estudios, la define problemáticamente indicando que “los sucesos y los problemas de la historia de la historiografía son los sucesos y los problemas de la *relación global de una sociedad con las huellas reales o imaginadas de su pasado*”.<sup>43</sup>

Las imágenes del pasado forjadas al calor de la experiencia social toda, especialmente en la actividad científica, la cultural-artística y la política, se articulan en armonía o en discordia con el imaginario político vigente o emergente. Por ello, los abordajes de la Historia de la Historiografía no pueden desentenderse del programa amplio de ese dominio historiográfico que constituye la nueva historia política, aquel que, como ha indicado Pierre Rosanvallon, se interesa particularmente por comprender la formación y la evolución de los sistemas de representación que gobiernan una época, un país o unos grupos sociales y conducen su acción e imaginan su porvenir. Esas representaciones no constituyen un continente exterior a la conciencia de los actores, como lo son, por ejemplo, las mentalidades, sino que resultan, por el contrario, de un trabajo permanente de reflexión de la sociedad sobre sí misma, sobre sí misma en su presente, pasado y futuro.<sup>44</sup>

¿Qué es la producción de la *cultura histórica* sino la forja de una continua autoreflexión y construcción imaginada de una sociedad en perspectiva temporal? Es de sumo interés advertir el modo en que la historia asume lugares de diverso valor en la cultura política que establece la identidad de los sujetos, grupos e instituciones en vistas de la construcción social: “Esa historia conceptual toma de la historia de las mentalidades la preocupación de incorporar el conjunto de los elementos que componen ese objeto complejo que es una *cultura política*: el modo de lectura de las grandes obras teóricas, las obras literarias, la prensa y los movimientos de opinión, los panfletos y los discursos de circunstancia, los emblemas y los signos”.<sup>45</sup> En tanto,

---

NANDO DEVOTO: “La historia de la historiografía, itinerarios y problemas”. En: *Prismas. Revista de historia intelectual*. N° 11, UNQ, Bernal, 2007, pp. 183-188.

43 MASSIMO MASTROGREGORI: “Historiographie et tradition historique des souvenirs. Histoire ‘scientifique’ des études historiques et histoire globale du rapport avec le passé”. En: CARLOS BARROS (Edit.): *Historia a Debate I*. HAD, Santiago de Compostela, 1995, p. 278. Las cursivas nos pertenecen.

44 PIERRE ROSANVALLON: “Para una historia conceptual de lo político (nota de trabajo)”. En: *Prismas. Revista de historia intelectual*. N° 6, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, 2002, pp. 128-129.

45 *Ibidem*, p. 129.

pasando de la dimensión individual a la colectiva de la cultura política, Serge Berstein considera significativo observar como ésta proporciona una clave que permite comprender la cohesión de los grupos organizados alrededor de esta cultura, siendo factor de comunión de sus miembros, haciéndolos participar colectivamente de una visión común del mundo, de una lectura compartida del pasado, en una perspectiva idéntica de futuro, de normas, de creencias, de valores que constituyen un patrimonio indivisible y les proporciona, para expresar todo eso, un vocabulario, símbolos, gestos, incluso canciones que constituyen un verdadero ritual.<sup>46</sup>

Aludiendo a esa experiencia colectiva, Bronislaw Baczko se encargó de señalar que la gran mutación política de los tiempos modernos y, con ella, el advenimiento del Estado-Nación, no podían ocurrir sin ciertas “condiciones simbólicas”, sin “las representaciones que disuelven la exterioridad del fundamento del poder, que fundan al Estado sobre su propio principio y que, por consiguiente, suponen la autosuficiencia de la sociedad”.<sup>47</sup>

“En una sociedad así “desencantada”, para retomar la expresión de Max Weber, el Estado no podía, sin embargo, evitar los emblemas, los signos simbólicos: banderas, escarapelas, condecoraciones, himnos nacionales, uniformes de las fuerzas armadas, etc., cuya historia y, en especial, su desciframiento están lejos de haber sido terminados. Los movimientos políticos y sociales que acompañan a este nuevo espacio político necesitan de igual manera sus emblemas para representarse, visualizar su propia identidad, proyectarse tanto hacia el pasado como hacia el futuro.”<sup>48</sup>

Aquellas investigaciones que conjugan la nueva historia política y la historia cultural, consideran al Estado como organizador de los escenarios del poder público, como administrador de la violencia y como proveedor de bienes simbólicos. Krzysztof Pomian indica que en este caso la atención se centra en los ritos, las ceremonias, las festividades y las solemnidades de las que también se ocupa la historia cultural, con el fin de reconstituir en la medida de lo posible los *espectáculos del poder*, las posturas que adoptaban los actores y los espectadores, de hacer explícitos los significados que sus promotores y sus públicos otorgaban a estos espectáculos.<sup>49</sup> Resalta de este modo

46 Cf. SERGE BERSTEIN: “La cultura política”. En: JEAN PIERRE RIOUX y JEAN FRANÇOIS SIRINELLI (Dir.): *Para una historia cultural*. Taurus, México, 1999 [1996], pp. 404-405.

47 BRONISLAW BACZKO *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2005 [1984], p. 14.

48 *Ibidem*.

49 Cf. KRZYSZTOF POMIAN: *Sobre la historia*. Cátedra, Madrid, 2007 [1999], p. 241. Un diagnóstico similar se lee en ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA: *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*. Akal, Madrid, 2004 [1999], pp. 429 y ss.

el autor que los vínculos recíprocos entre la historia política y la historia cultural son más patentes que en ningún otro aspecto a través de la importancia que ambas conceden a este nuevo objeto privilegiado de investigaciones en que se ha convertido, a lo largo de los últimos veinte años, *la memoria tanto individual como colectiva*:

“con sus mecanismos, sus instituciones, sus medios de transmisión y sus variaciones, en función de los retos que quienes son sus portadores tienen ahora que afrontar y de cómo éstos se plantean el futuro. De ahí la gran oleada internacional de estudios sobre las conmemoraciones, las ceremonias y las festividades a través de las cuales se reviven los recuerdos del pasado, sobre los rituales que las rigen, sobre los lugares de la memoria materiales e inmateriales: recopilaciones de cánticos y paisajes, repartos mentales del espacio natural y social, cementerios, archivos y emblemas. La propia distinción entre la historia política y la historia cultural pasa a ser a este respecto no pertinente, debido a la identidad de los objetos que estudian y a los tratamientos que les aplican.”<sup>50</sup>

Renovada y ampliada en sus problemáticas, objetivos y métodos, la nueva historia política multiplica los campos de investigación en constante movimiento entre *la política* en el sentido clásico del término, el poder y la vida política, y *lo político* en sentido global, en los diversos aspectos de la cultura y de las determinaciones políticas que inciden en los individuos, grupos e instituciones.<sup>51</sup> Por tanto, Pomian subraya que es este vértice el punto en que mejor se aprecia la afinidad no sólo temática sino también epistemológica entre ambas ramas de la historia y la apropiación por parte de ésta de la memoria que ha convertido en su objeto. Al respecto pregunta y responde:

“—pues, ¿qué es sino un estudio de los acontecimientos, de los personajes, de las creencias, de las instituciones y de las ideas a partir de su recepción?—: imágenes que se conservan y que se transmiten una generación tras otra, no sin sufrir cambios por el camino. O, mejor aún, una integración en la historia de la recepción memorial del pasado y de los efectos que ejerce, a menudo hasta nuestros días. Ello supone que se parta del presente y que luego se quite un estrato de los recuerdos tras otro hasta llegar a los fenómenos situados en el origen y que se extraiga, si es posible, el significado original para establecer en qué medida marcó todos aquellos significados que se les otorgaron posteriormente.”<sup>52</sup>

50 *Ibidem*, pp. 241-242.

51 Cf. GUY BOURDÉ y HERVÉ MARTIN: *Las escuelas históricas*. Akal, Madrid, 1992 [1983], p. 256.

52 KRZYSZTOF POMIAN: *Sobre la... Op. Cit.*, p. 241.

La cita anterior despeja la relación establecida entre las imágenes del pasado que se transmiten de una generación a otra por vía memorial y los efectos que las mismas ejercen en el presente. Esta reflexión conlleva a considerar el modo en que el pasado puede ejercer un poder simbólico capaz de incidir en la formación de identidades y en la legitimación del poder. En tal sentido, Manuel Cruz afirma que durante largo tiempo la historia ha servido para los que detentaban el poder, aunque también ha sido de provecho para quienes han vivido para resistirlo; y que la historia valió, vale y probablemente valdrá para crear los vínculos que cohesionan a una comunidad en la contradicción constante entre felicidad e infelicidad, entre libertad y opresión. El pasado por tanto es, según el autor, uno de los medios privilegiados con que cuenta el poder para imponer en el presente y, de ser posible, a las generaciones venideras, su legitimidad. En cada coyuntura, entonces, hay una explicación histórica dominante que se ofrece como identidad para todos, por encima de las diferencias, aunque verdaderamente sólo valga para algunos.<sup>53</sup>

Por su parte, el historiógrafo español José Bermejo Barrera ha analizado cómo constituye una característica propia de la historiografía, en tanto discurso sobre el pasado, el hecho de funcionar como un proyecto de poder. El autor afirma que la historia funciona como una configuración del poder porque pretende enunciar la realidad; alimentar la idea de que la realidad es racional; silenciar y ocultar el mal; otorgar *sentido* y, finalmente, configurar *identidades*.<sup>54</sup> A los fines de contribuir a esta investigación, interesa particularmente resaltar las dos últimas características enunciadas. Bermejo Barrera afirma que la noción de *sentido* es igualmente consustancial al relato del pasado, dado que si la enunciación de la realidad permite captarla como conjunto, la formulación de la racionalidad de la misma posibilita dotarla de una estructura y que la ocultación del mal habilita borrar todos aquellos elementos de la misma que puedan resultar contradictorios o disonantes. La noción de sentido viene a reforzar esa unidad y a otorgarle un carácter dinámico, ya que permite entender el despliegue de la realidad histórica en el tiempo.<sup>55</sup> Del mismo modo, el autor sostiene que la historia pretende también imponer un determinado tipo de *identidad*:

---

53 Cf. MANUEL CRUZ: *Cómo hacer cosas con recuerdos*. Katz, Buenos Aires, 2007 [1996], p. 46. Posturas críticas y radicales al respecto son las desarrolladas por JOHN H. PLUMB: *La muerte del pasado*. Seix Barral, Barcelona, 1974; JEAN CHESNEAUX: "Historia y práctica social: en el campo del poder". En: JEAN CHESNEAUX: *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. Siglo XXI, México, 1998 [1976]; y LUIS GONZÁLEZ: "De la múltiple utilización de la historia". En: CARLOS PEREYRA, *et. al.*: *Historia, ¿para qué?* Siglo XXI, México, 1980.

54 CARLOS BERMEJO BARRERA: "La Historia como configuración del poder". En: CARLOS BERMEJO BARRERA y PEDRO PIEDRAS MONROY: *Genealogía de la Historia. Ensayos de historia teórica III*. Akal, Madrid, 1999, p. 340.

55 *Ibidem*, pp. 353-354.

“Cada una de estas identidades posee una doble vertiente. Por un lado, tenemos una vertiente social u objetiva en la que el individuo puede ser descrito objetivamente en función de su status y de sus roles, y, por otro lado, tendremos una vertiente subjetiva, en la cual lo que se trata de ver es cómo ese individuo asume e interioriza su papel social en la historia.”<sup>56</sup>

Si bien el conocimiento del pasado, como en todo lo referido al funcionamiento del poder, no desempeña un papel único, es fundamentalmente en el ámbito de la política en el que interviene. Georges Balandier indica que el pasado colectivo se convierte para quienes aspiran a ejercer poder, en una fuente de legitimidad, porque: “Constituye entonces una reserva de imágenes, de símbolos, de modelos de acción; permite emplear una historia idealizada, construida y reconstruida según las necesidades y al servicio del poder actual”.<sup>57</sup> En este sentido, el poder político acaba obteniendo la subordinación por medio de una teatralidad que representa a la sociedad gobernada y que le devuelve a la vez una imagen de sí idealizada y aceptable.<sup>58</sup> Dichas imágenes, en plural, son insumos necesarios para la construcción de los imaginarios que dan sentido a la conflictiva producción de los órdenes políticos. Retomando nuevamente a Baczko, se asevera que lo simbólico es construcción de los poderes establecidos:

“para preservar el lugar privilegiado que se han otorgado a sí mismos en el campo simbólico demuestran, por si es necesario, el carácter ciertamente imaginario pero no ilusorio de esos bienes tan protegidos, como los emblemas del poder, los monumentos erigidos en su gloria, los signos del carisma del jefe, etcétera. Todo poder busca monopolizar ciertos emblemas y controlar, cuando no dirigir, la costumbre de otros. De este modo, el ejercicio del poder, en especial del poder político, pasa por el imaginario colectivo. Ejercer un poder simbólico no significa agregar lo ilusorio a un poderío “real”, sino multiplicar y reforzar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos, por la conjugación de las relaciones de sentido y de poderio.”<sup>59</sup>

La reconstrucción histórica de las huellas de los trabajos de la memoria, aquellos que alimentan los estereotipos y los mitos y moldean los imaginarios, objetos de análisis

---

56 *Ibidem*, p. 356.

57 GEORGES BALANDIER: *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Paidós, Barcelona, 1994 [1992], p. 19.

58 Cf. *Ibidem*, p. 23.

59 BRONISLAW BACZKO: *Los imaginarios... Op. Cit.*, p. 16.

que, por instituyentes, la *nueva historia política* no puede ahorrarse,<sup>60</sup> permiten identificación de los actores sociales reales y la exégesis de sus discursos, sus valores, sus prácticas y pertenencias políticas,<sup>61</sup> dando curso a:

“una valoración del tiempo; [*dado que*] al tiempo cronológico se opone un tiempo propio, construido en función de un espacio de la experiencia y de un horizonte de expectativas. Dicha construcción conlleva una determinada imagen del pasado, del presente y del futuro pero se realiza fundamentalmente desde un presente político que es el que dicta las claves de lectura de un pasado más o menos glorioso en función de las tareas actuales. [...], esta lectura del pasado es uno de los recursos claves en la conformación de un imaginario político.”<sup>62</sup>

Considerar los aportes historiográficos de la nueva historia política y la historia cultural implica a su vez adherir a los lineamientos, más estrictamente metodológicos que, entre otros, despeja Pierre Rosanvallón. El autor indica para el objeto renovado del campo historiográfico político-cultural el despliegue de un abordaje a la vez *interactivo y comprensivo*:

“Interactivo, porque consiste en analizar el modo como una cultura política, unas instituciones y unos acontecimientos trabajan unos en otros, componiendo figuras más o menos estables: análisis de los pliegos, de las distancias, de las superposiciones, de las convergencias, de los vacíos que acompañan ese trabajo y señalan tanto sus equívocos o ambigüedades como sus formas de realización. Comprensivo, porque se esfuerza por captar una cuestión resituándola en sus condiciones concretas de emergencia.”<sup>63</sup>

Ante estas pautas metodológicas y en concurso con el autor, la perspectiva general de la investigación se abstiene de atenerse a un enfoque “objetivista” que reconozca que el historiador se cierne y domina desde el exterior un objeto inerte. En posición diferente, el enfoque de corte comprensivo procura aprehender la historia en marcha, “mientras aún es posibilidad y antes de quedar establecida en su estatus de necesidad”, cuando en el campo histórico, comprender en sentido weberiano:

60 Cf. JEAN FRANÇOIS SIRINELLI: “Elogio de lo complejo”. En: JEAN PIERRE RIOUX y JEAN FRANÇOIS SIRINELLI (Dir.): *Para una historia cultural*. Taurus, México, 1999 [1996], p. 466.

61 Cf. FRANÇOIS-XAVIER GUERRA: “El renacer de la historia política, razones y propuestas”. En: JOSÉ GALLEGU, et. al.: *Hacia una nueva historia*. Universidad Complutense, Madrid, 1993, p. 231.

62 MARTA PHILIP: *Memoria y Política en la... Op. Cit.*, pp. 25-26.

63 PIERRE ROSANVALLON: “Para una historia conceptual...” *Op. Cit.*, p. 130.

“implica reconstruir el modo como los actores elaboran su inteligencia de las situaciones, identificar las recusaciones y atracciones a partir de las cuales piensan su acción, dibujar el árbol de los callejones sin salida y las posibilidades que estructura implícitamente su horizonte. En este aspecto, método *empático*, por lo que supone de capacidad de retomar una cuestión situándose en el interior de su trabajo. Pero empatía naturalmente limitada por la toma de distancia que permite pensar las zonas de engeguamiento y las contradicciones de los actores o los autores. Empatía controlada, si se quiere.”<sup>64</sup>

Contando con esas premisas epistemológicas, a continuación se explicita la opción teórica que sustenta a esta tesis, seguida de las pautas metodológicas que guiaron su elaboración. La reconstrucción histórica del modo en que se fraguó la cultura histórica y se efectivizaron usos del pasado en la ciudad de Río Cuarto, para cimentar su identidad y legitimar diversas coyunturas políticas, precisó de la elección de categorías que pudieran operativamente allanar el camino hacia un recorte de la realidad histórica estudiada. En ese sentido, la noción de *cultura histórica* proporcionó los elementos tanto conceptuales como heurísticos pertinentes para abordar el problema y delimitar, asimismo, sus dimensiones analíticas interrelacionadas.

### **La cultura histórica como categoría de la experiencia y la praxis memorial**

Una corriente teórica e historiográfica con epicentro germánico, encabezada por Jörn Rüsen, desarrolló desde la década de 1990 y con precisión terminológica, una teoría sobre la objetivación, la representación y la transmisión del pasado en la sociedad. La categoría central que ha articulado esta reflexión es la de cultura histórica y se torna, como afirma Fernando Sánchez-Costa, operativa al ofrecer valiosas herramientas teóricas y metodológicas.<sup>65</sup> Rüsen definió en 1994 a la *cultura histórica* como la articulación práctica y operativa de la conciencia histórica en la vida de una sociedad, afirmando al mismo tiempo que los elementos que componen la cultura histórica tienen siempre como primer origen la expresión de las memorias individuales.<sup>66</sup> Sin embargo, indica el autor, las memorias de los sujetos se configuran en la atmósfera de una cultura histórica determinada, con sus representaciones objetivas y sus prácticas mnemónicas concretas.

---

64 *Ibidem*. Las cursivas nos pertenecen.

65 Cf. FERNANDO SÁNCHEZ-COSTA: “La fragua de la identidad: memoria, conciencia histórica y cultura histórica”. En: JOAN-LLUÍS PALOS y FERNANDO SÁNCHEZ-COSTA (Eds.): *A vueltas con el pasado. Historia, memoria y vida*. Universitat de Barcelona, Barcelona, 2013, p. 201.

66 En 1994 el autor coeditó el libro *La fascinación histórica. La cultura histórica hoy*, que abría con el capítulo “¿Qué es la cultura histórica? Reflexiones sobre una manera de pensar la historia”.

En una perspectiva con significativa aplicación metodológica, Rüsen se encargó de demostrar cómo la cultura histórica puede ser estudiada por medio de una operación académica rigurosa, dado que no aborda principalmente unos contenidos mentales etéreos y difícilmente accesibles, sino que, por el contrario, trabaja sobre recreaciones del pasado empíricas y objetivadas, muy a menudo formalizadas y materializadas y que perfectamente pueden constituirse en fuentes de una investigación.<sup>67</sup> De la propuesta teórica formulada por Rüsen en torno a la categoría de *cultura histórica*, importa en esta investigación recalcar la fecundidad de la *dimensionalización* efectuada por el autor para tematizar el proceso y la capacidad que tiene la conciencia histórica para configurar sentidos atendiendo a tres dimensiones: la *cognitiva*, la *política* y la *estética*.<sup>68</sup>

En ese sentido, la dimensión *cognitiva* de la cultura histórica se formaliza, según Rüsen, en las sociedades modernas sobre todo a través de historiografía científica o con pretensión de cientificidad. Las ciencias históricas, por medio de las “reglas del arte” y “preceptivas” de regulación metodológica, logran sostener el principio de coherencia de contenido “que se refiere a la fiabilidad de la experiencia histórica y al alcance de las normas que se utilizan para su interpretación”.<sup>69</sup> El conocimiento histórico, mediante el cual la conciencia histórica opera en cumplimiento de sus funciones culturales tiene, a decir de Rüsen su estatus propio, que se define como concretamente cognitivo y se demarca por medio de operaciones metódicas que garantizan su validez.<sup>70</sup> Los historiadores más o menos profesionalizados y aún los *amateurs*, participan, en efecto, creando conciencia histórica por medio de prácticas que están más o menos normadas por la historiografía moderna.

Más adelante, y al considerar la dimensión *estética* de la cultura histórica, el autor hace referencia a los recuerdos históricos que se materializan, ante todo, en forma de creaciones artísticas. Rüsen explica que todo pasado que se tematice o pueda tematizarse en la historiografía se encuentra en una “relación tensa con su carácter artístico y con su dignidad específicamente estética”:

“La construcción de sentido y significado que se realiza aquí, parece estar tan lejos de una memoria histórica verdadera como la ficción literaria o plástica (o también musical) se alejan de la experiencia, que la construcción disimula, con las fuerzas de la imaginación, y

---

67 Cf. FERNANDO SÁNCHEZ-COSTA [2013], *Op. Cit.*, p. 202. Para Jörn Rüsen, la *cultura histórica* posee como categoría un doble sentido: a) alumbra y explora teóricamente un ámbito de experiencia, y b) determina al mismo tiempo los aspectos normativos de la praxis en ese ámbito, Cf. JÖRN RÜSEN: “¿Qué es la cultura histórica?... *Op. Cit.*, p. 25.

68 JÖRN RÜSEN: “¿Qué es la cultura histórica?... *Op. Cit.*, p. 13.

69 *Ibidem*, p. 20.

70 *Ibidem*.

tiene que anular su importancia como factor condicionante de la praxis de la vida, para poder apurar el potencial de sentido de la ficcionalidad artística. Nadie discutirá que tales creaciones artísticas son productos culturales en los que se tematiza la historia. [...] La ‘cultura histórica’ como categoría no debe poner de manifiesto lo histórico en lo estético, sino lo estético en lo histórico y hacerlo visible como algo esencial para el trabajo memorativo que lleva a cabo la conciencia histórica.”<sup>71</sup>

Este lineamiento teórico propuesto por el filósofo alemán enseña que la dimensión estética de la cultura histórica debe ser indagada y aclarada en esas realidades que pretenden ser memoria y recuerdo histórico genuino, incluso, en las mismas obras de los historiadores. La asignación de belleza a los artefactos de la cultura histórica aseguraría, según el autor, la “eficacia de la rememoración histórica *en la orientación cultural de la praxis vital*”, sin la que la cualidad estética de las representaciones históricas del pasado:

“no podrían desarrollar su fuerza orientadora en el plano de la percepción sensitiva; la palidez cognitiva de las ideas no tendría el fuego de la fuerza imaginativa, con la cual el recuerdo histórico abre una perspectiva que establece eficazmente finalidades orientadoras para la acción. Lo mismo es válido en la realización de intenciones políticas históricamente formuladas: también ellas han de unirse con la fuerza creativa y efectiva de la contemplación sensitiva *para poder cumplir su función práctica*.”<sup>72</sup>

En su constructo filosófico y teórico para examinar la cultura histórica, Jörn Rüsen advirtió que la fuerza imaginativa de la conciencia histórica no se aleja de la experiencia histórica, sino que al ejercitar una interpretación, conduce a ella y es la que hace el pasado vivo en el recuerdo histórico, cuando “vivo” significa “operativo” en las orientaciones culturales de la praxis vital del presente, “llenando la realidad muerta del pasado con la vitalidad del sentido y del significado, haciéndolo en el presente más importante, renovando el contenido de la experiencia y la fuerza interpretativa de las orientaciones culturales de la praxis vital humana”.<sup>73</sup>

En otra de sus dimensiones, la cultura histórica posee para Rüsen una cara “genuinamente *política*”. El autor coincide con las perspectivas generales que ya se han explicitando en el recorrido conceptual propuesto en este capítulo, remarcando que

---

71 *Ibidem*, p. 14.

72 *Ibidem*, p. 15.

73 *Ibidem*, pp. 16-17.

toda forma de dominio necesita de consenso y atribuyendo a la memoria histórica un rol transcendental en este consentimiento:

“La rememoración histórica tiene una función genuinamente política de legitimación. Ésta se cumple generalmente en la forma de una consciente construcción y cuidado de las tradiciones, a lo que tampoco pueden renunciar, fundamentalmente, los estados modernos, por mucho que quieran entender su legitimidad jurídicamente como legalidad. [*La memoria histórica*] Cimenta el dominio político mentalmente, ya que lo acuña en las construcciones de sentido de la conciencia histórica que sirven para la orientación cultural de la praxis vital. Este entrelazamiento se extiende hasta las profundidades de la identidad histórica. La construcción de la identidad se lleva a cabo generalmente en el medio del poder y del dominio, y eso tanto en la intimidad de los sujetos individuales como en la relación entre ellos. En la construcción interior de la identidad, las obligaciones, el ser uno mismo y las estructuras instintivas (en palabras de Freud: super-ego, ego y ello) tienen que articularse de tal manera que hagan posible la conducción de la vida a través de actuaciones con sentido. Lo mismo es válido para el engranaje interpersonal que se produce entre las atribuciones propias y las ajenas de posicionamiento social, así como entre las pretensiones de reconocimiento de un sujeto y las expectativas con las cuales otros lo confrontan. También este equilibrio vital describe una relación de dominio.”<sup>74</sup>

Estas tres dimensiones de la cultura histórica, la estética, la política y la cognitiva, actúan siempre articuladas en cada hecho de “praxis de la vida” con vistas a una rememoración histórica. Las sociedades contemporáneas precisan de la memoria porque la misma orienta su perspectiva temporal al concordar, ambiciosamente, con las intenciones e intereses políticos que rigen su existencia. Si bien la memoria histórica con asiduidad sigue un determinado “sistema de coordenadas que corresponde con las voluntades empujadas por el poder”, con las cuales los sujetos que memoran organizan su vida en la práctica, la conciencia histórica no sigue ciegamente las directrices de la voluntad de éste:

“Por eso hay en cualquier acto legitimatorio de la memoria histórica también un poco de crítica del dominio, en cierto modo una posibilidad estructural de recalcitrancia política, que ayuda a que los dominados toleren las desconsideraciones del sistema político. (Muchas veces aparece esta crítica indirectamente en forma estéti-

---

74 *Ibidem*, pp. 18-19. El corchete aclaratorio nos pertenece.

ca). Reivindicaciones externas de dominio se extienden a la mentalidad de los dominados mediante el acto conmemorativo llevado a cabo por la conciencia histórica, pero para ello la memoria ha de concordar en cierta medida con los impulsos de la voluntad de los afectados, con los que éstos traen el pasado, como si fuera el suyo propio, al presente.”<sup>75</sup>

Jörn Rüsen afirma que para las investigaciones sobre memoria colectiva y cultura histórica, la diferenciación entre las dimensiones *cognitiva*, *política* y *estética* antes expuesta tiene básicamente, una función heurística. En la base de esta *dimensionalización* teórica entre arte, política y ciencia, como tres ámbitos de la cultura histórica, se halla una base antropológica que el autor habilita para optar por una concepción determinada que supone la creatividad cultural del hombre en sociedad en “tres modos fundamentales de la mente humana, en el sentimiento, la voluntad y el intelecto”.<sup>76</sup> Con esta fundamentación antropológica de las tres dimensiones se puede apoyar la tesis de que las tres son de igual modo originarias y no pueden ser reducidas la una por la otra. Mentalmente constituyen un sistema de coordenadas, con el que se puede alumbrar y explorar el ámbito de actividad mental delimitado por la categoría de la cultura histórica. Las tres dimensiones que indica Rüsen existen por derecho propio, pero no se pueden efectivizar, ni pensar, ni investigar, unas al margen de otras; en efecto, uno de los más interesantes elementos teóricos que el autor presenta para la investigación de la cultura histórica son las dos tesis complementarias: la que denuncia que las dimensiones de la cultura histórica son de igual manera originarias y la otra que confirma la existencia de una interrelación interna y necesaria entre ellas:

“De la misma manera como sentimiento, voluntad e intelecto están íntimamente interrelacionados y conforman precisamente por esta interrelación algo como la subjetividad o la mentalidad o también la intencionalidad o autodeterminación de la acción, así las tres dimensiones de la cultura histórica se compenetran mutuamente, y solamente en esa compenetración la conciencia histórica realiza su acción cultural característica, la conmemoración histórica. *No hay ninguna conmemoración histórica que no esté marcada por los tres principios [...].* Así por ejemplo, no se puede pensar ningún texto historiográfico del ámbito de la ciencia histórica que no muestre, al lado de las características peculiares de garantía de validez.”<sup>77</sup>

---

75 *Ibidem*, pp. 19-20.

76 Cf. *Ibidem*, p. 21.

77 *Ibidem*.

En cada trabajo de memoria colectiva se registran, con mayor intensidad, materializadas las tres dimensiones que componen la cultura histórica según Rösen, cuando conocimiento, estética y política se instrumentalizan en la consecución del constructo cultural que es “lo histórico”. La propuesta teórica del autor cierra proponiendo que es factible observar una función subordinada de dos de las dimensiones de la cultura histórica a favor de la preeminencia de sólo una de ellas: “De este modo el dominio de la dimensión estética lleva a una *estetización* de la memoria histórica, el dominio de la dimensión política a una *politicación* y el predominio de las estrategias cognitivas de la construcción de sentido, a una *ideologización* de la cultura histórica”.<sup>78</sup> Observar la formalización de estas preeminencias posee, entonces, un innegable valor en función de una más compleja caracterización de la cultura histórica en un determinado cuerpo social.

### **Los sujetos, las instituciones y las prácticas en la elaboración de la cultura histórica a escala local**

En la investigación propuesta, los sujetos que actúan interviniendo sobre el pasado y forjando la cultura histórica, son los hombres de la cultura local. Intelectuales de pueblo que no se desarrollaron en un campo relativamente autónomo desde el cual pudieran apoyarse, ni acumular capital específico para transferir a las luchas políticas, sociales y culturales; o, si lo hicieron, “se encontraron ubicados como productores en zonas demasiado marginales de esos campos como para poder contar con un capital de visibilidad que hacer valer en espacios centrales de poder”.<sup>79</sup> Estudios recientes de la historiografía intelectual en la Argentina dan cuenta del modo en que los productores de ideas en espacios no centrales de la cultura nacional y provincial han intervenido de distintos modos, apoyándose en saberes adquiridos y validados por otros caminos o en lugares sociales habilitantes de otras maneras para la producción cultural.<sup>80</sup>

Ana Teresa Martínez ha esbozado una taxonomía que permite diferenciar tres tipos de casos que, según argumenta, se definen reciprocamente a los “intelectuales de provincia” a “los intelectuales de pueblo” y a “la categoría más amplia de quienes cumplen un rol central no tanto en la producción como en la instalación de sentidos

78 *Ibidem*, p. 22. Las cursivas nos pertenecen.

79 ANA TERESA MARTÍNEZ: “Intelectuales de provincias: entre lo local y lo periférico”. En: *Prismas. Revista de historia intelectual*. N° 17, Universidad Nacional de Quilmes, 2013, p. 172.

80 Cf. *Ibidem*, p. 172. Otros aportes recientes ilustrativos de esta veta historiográfica pueden leerse en PAULA LAGUARDA y FLAVIA FIORUCCI (Edit.): *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*. Prohistoria, Rosario, 2012; y en el Dossier: “Los otros intelectuales: curas, maestros, intelectuales de pueblo, periodistas y autodidactas”. En: *Prismas. Revista de historia intelectual*. N° 17, Universidad Nacional de Quilmes, 2013.

en una determinada sociedad, como los curas o los maestros”, en este libro se suma a militares y a políticos.<sup>81</sup> Según ha caracterizado la misma autora:

“El intelectual de pueblo tiene un espacio de referencia acotado a la población en que vive y a las redes de las que forma parte, en posición predominantemente periférica. [...] Desde otro punto de vista, la provincia y el pueblo parecen diferenciarse sobre todo en la escala: una capital de provincia constituye habitualmente un centro donde se concentran más recursos de todo tipo que los de un pueblo. Sin embargo, *ambos comparten sobre todo una cierta densidad del espacio vivido que podríamos llamar “el locus”, aquello que produce “lo local”.*”<sup>82</sup>

Los forjadores de la cultura histórica en una ciudad interiorana como Río Cuarto, lejana y cercana de Buenos Aires, lejana y cercana a su vez de Córdoba como capital de la provincia, oficiaban de traductores locales de la memoria del terruño frente a la memoria de la nación y de la provincia. Fueron, básicamente, todos habitantes de un mismo paisaje familiar que les brindaba el mismo y elemental orden de pensamiento. La ciudad de Río Cuarto poseyó figuras que podrían ser caracterizados como “intelectuales de pueblo” o “intelectuales territoriales”,<sup>83</sup> que formaban un grupo bastante homogéneo en su matriz cultural aunque no política, un elenco estable que habitaba y reproducía la propia lengua. Como elenco poseedor de un *locus* plástico y pujante, estos hombres de la cultura local se vieron a menudo interpelados por los procesos institucionales y culturales “macro” y exhibieron su preocupación publicando sus respectivas resoluciones doxológicas ante cada deriva o encrucijada política. En tal sentido, la investigación histórica puede recuperar sus prácticas accediendo a sus discursos, proyectos, ideas y valores en contexto.

Como intelectuales periféricos, esos actores interioranos alcanzaron rango y prestigio a partir, fundamentalmente, de la valoración local, íntima, resultante en parte de la dinámica de sus respectivos círculos de formación e identificación de proveniencias. Al ser “modernos”, “la historia” y “lo histórico” se transformaban en ellos en una preocupación central que concentró *esfuerzos intelectuales cotidianos* y los movilizó también a la acción en otras esferas de la vida social:

“Curas, maestros, dirigentes gremiales que escriben y actúan en el espacio público no son sólo intelectuales, pero en un sentido distinto (o en todo caso redoblado), por causa de la provincianía o del

81 ANA TERESA MARTÍNEZ: “Intelectuales de provincias...” *Op. Cit.*, pp.172-173.

82 *Ibidem*, p. 173. Las cursivas nos pertenecen.

83 Cf. ENZO TRAVERSO: *La historia como campo de batalla*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2012 [2011], p. 256.

carácter pueblerino, sino porque participan simultáneamente de otro campo, que los constituye en lo que son, y donde tienen intereses simbólicos simultáneos: el campo religioso, o católico, o gremial, con sus propias problemáticas y cosas en juego. No se trabaja de cura o de maestro, se *es* cura o maestro. Maestros argentinos formados en las Escuelas Normales de la primera mitad del siglo XX, [...], los ejes articuladores de la experiencia y los encuadres comunicacionales que surgen de ella son inevitables en sus discursos.”<sup>84</sup>

En la dinámica cultural, económica y política de una ciudad del interior del país como Río Cuarto a mediados del siglo XX no era factible la existencia de espacios socialmente diferenciados en los que se despejara aquel específicamente destinado a la intelectualidad. Por el contrario, primó otra diferenciación para demarcar el territorio, en este caso el hecho de “ser riocuartenses”, de “ser del Imperio”, lo que los especialistas llaman *locus*: “espacio cualitativo de un sentido práctico diferenciado, relacionado por una parte con las condiciones generales del trabajo intelectual y por otra parte con la historia particular de una experiencia [...] diferencial desde el cual escriben y actúan los “otros” intelectuales”.<sup>85</sup>

Para los intelectuales de pueblo, los hombres de la cultura local: hablar, escribir, intervenir sobre el pasado desde el espacio público de la ciudad, implicaba la posibilidad de ejercer influencia y poder para la configuración de una identidad que podía ser ofrecida al resto del colectivo por medio de una práctica acabadamente política, puesto que esos agentes que forman parte del mundo social del *locus*, tienen un conocimiento más o menos de éste y saben que se puede actuar sobre él ejerciendo sobre el discernimiento que de él se tiene. Esa acción pretendía consecuentemente producir e imponer representaciones mentales, verbales, gráficas o rituales del lugar capaces de operar sobre él haciendo o deshaciendo, produciendo, reproduciendo y destruyendo las representaciones convenientes o no.<sup>86</sup> Al fundamentar, planificar y ejecutar prácticas sociales de recuerdo procuradas para toda la sociedad, estos hombres de cultura se constituyeron por años en portavoces de la palabra autorizada, la que imponía visiones de mundo. Tal como manifiesta Pierre Bourdieu: “La eficacia simbólica de las palabras sólo se ejerce en la medida en que quienes la experimentan reconocen que quien la ejerce está autorizado para ejercerla, o lo que viene a ser lo mismo, olvidándola e ignorándola: simplemente sometiéndose a ella, como si, por el reconocimiento tácito que se le concede, se hubiera contribuido a fundarla. Reside así

84 ANA TERESA MARTÍNEZ: “Intelectuales de provincias...” *Op. Cit.*, p. 179. Las cursivas corresponden al original.

85 *Ibidem*.

86 Cf. PIERRE BOURDIEU: *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Akal, Madrid, 1985, p. 96.

totalmente en la convicción de que esa delegación constituye los cimientos mismos del ministerio, esa ficción social, convicción que es mucho más profunda que las propias creencias y misterios que el ministerio profesa y garantiza”.<sup>87</sup> De este modo, emerge performativamente una tradición histórica local, escrita, estabilizadora de los recuerdos y a disposición del conjunto de esos pocos hombres letrados en el pleno ejercicio de su poder simbólico.<sup>88</sup>

Con esas ideas como respaldo, es posible sostener que también que se evidenciaba asimismo una lucha por la imposición de la *visión legítima de la historia*, en la cual los agentes implicados, militares, sacerdotes, periodistas, educadores, historiadores, literatos, detentaban un poder proporcionado a su capital simbólico y al reconocimiento que reciben de un grupo: “la autoridad que funda la eficacia performativa del discurso es un ser conocido y reconocido, que permite imponerse oficialmente como imponente, es decir, frente a todos y en nombre de todos”.<sup>89</sup> Ser conocidos y reconocidos pronto hará viable a su vez otra acción, la de *encuadrar* la memoria.

La noción de trabajo de *encuadramiento* memorial se torna también operativa y posibilita pensar a una agenda institucional, a sus actores, a sus prácticas y a sus discursos, integrados en un mismo trabajo. Se utiliza la idea de *encuadramiento* a partir del elemento conceptual introducido, primero por el historiador francés Henri Rousso y luego por el francés Michael Pollak y que refiere al trabajo que determinados miembros de una sociedad llevan a cabo para consumir un control de la memoria, proclive de observarse en un sinnúmero de espacios, pero muy evidentemente demostrados en las organizaciones más formales de investigadores, memoriosos, cronistas e “historiadores de la casa”.<sup>90</sup> Sin desestimar la agencia memorial e histórica de quienes resisten y han resistido al poder,<sup>91</sup> en el régimen de historicidad clásico de la Modernidad, la historia se ha escrito desde posiciones e instituciones concretas. En esos espacios la memoria se estabiliza, se reduce a una dimensión discursiva y simbólica propicia para su transmisión y para su potente asimilación en un territorio troquelado; sobre el borde de lo que se recuerda y de lo que se olvida más o menos

---

87 *Ibidem*, p. 77.

88 Cf. AGUSTÍN GARCÍA CALVO: *Historia contra tradición: tradición contra Historia*. Lucina, Zamora, 1998, pp. 42-43.

89 PIERRE BOURDIEU: ¿*Qué significa...* *Op. Cit.*, p. 77.

90 MICHAEL POLLAK: *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente situaciones al límite*. Al Margen, La Plata, 2006 [1989], p. 27.

91 Michael Pollak explica que los individuos y ciertos grupos pueden, en efecto, insistir en venerar justamente aquello que los encuadradores de una memoria colectiva en un nivel más global se esfuerzan por minimizar o eliminar y que “(...) Si el análisis del trabajo de encuadramiento, de sus agentes y sus rasgos materiales es una clave para estudiar, desde arriba hacia abajo, (...), el procedimiento inverso, aquel que, con los instrumentos de la historia oral, parte de las memorias individuales, pone en evidencia los límites de ese trabajo de encuadramiento (...)”, *Ibidem*, pp. 28-29.

deliberadamente. Como afirma Pollak, se trata de “tentativas más o menos conscientes de definir y reforzar sentimientos de pertenencia y fronteras sociales entre colectividades de distintos tamaños [...] [*dado que*] La referencia al pasado sirve para mantener la cohesión de los grupos y las instituciones que componen una sociedad, para definir su lugar respectivo, su complementariedad, pero también las oposiciones irreductibles”.<sup>92</sup>

Esos historiadores locales/localistas, *amateurs*, cronistas del espacio cercano nucleados solidariamente, fueron los encargados de producir una serie de discursos organizados en torno a acontecimientos, a personajes y episodios caros a la nostalgia parroquiana. Ese trabajo de *encuadramiento* resulta entonces materializado en diversos ritos performativos, como las fiestas y las celebraciones conmemorativas y en la factura de objetos materiales como los monumentos, los museos, las bibliotecas y las narrativas historiográficas. El especializado trabajo de *encuadramiento* de una memoria responde a una negociación efectuada con el pasado desde el presente y se practica de acuerdo a una serie de límites dado que, por ejemplo, una memoria no puede ser construida arbitrariamente y debe satisfacer ciertas exigencias de justificación.<sup>93</sup> Para saltar ese obstáculo, se implican en esa operación toda la serie de procedimientos discursivos que la retórica de la objetividad sostenida por la historiografía profesionalizada provee. Así:

“el trabajo de encuadramiento de la memoria se alimenta del material provisto por la historia. Ese material puede sin duda ser interpretado y combinado con un sinnúmero de referencias asociadas; guiado no solamente por la preocupación de mantener las fronteras sociales, sino también de modificarlas, ese trabajo reinterpreta incesantemente el pasado en función de los combates del presente y del futuro. Pero, así como la exigencia de justificación antes discutida limita la falsificación pura y simple del pasado en su reconstrucción política, el trabajo permanente de reinterpretación del pasado es contenido por una exigencia de credibilidad que depende de la coherencia de los discursos sucesivos”<sup>94</sup>

Haciendo uso de las ideas de Pollak, se sostiene que las corporaciones de historiadores, por ejemplo, son organizaciones que al mismo tiempo estabilizan o encuadran la memoria del colectivo y vehiculizan su propio pasado y la imagen que forjaron para sí mismas.<sup>95</sup> De esta manera, éstas no pueden: “cambiar de dirección ni de imagen

---

92 *Ibidem*, p. 25. El corchete nos pertenece.

93 Cf. *Ibidem*, p. 25.

94 *Ibidem*, pp. 25-26.

95 *Ibidem*, p. 26.

abruptamente a no ser bajo el riesgo de tensiones difíciles de dominar, de escisiones, e incluso de su propia desaparición si los adherentes ya no pudieran reconocerse en la nueva imagen, en las nuevas interpretaciones de su pasado individual y en el de su organización”. Las instituciones identificadas con objetivos historiográficos y por tanto, dispuestas a intervenir sobre el pasado actúan como *células de reflexión*,<sup>96</sup> se consideran a sí mismas como guardianas de la memoria, de la historia y, por tanto, de la verdad.

Con todo, los resultados de la elaboración de la historia, del *encuadramiento* de la memoria efectuado en esas *células de reflexión*, necesariamente “implican una oposición fuerte entre lo “subjetivo” y lo “objetivo”, entre la reconstrucción de hechos y las reacciones y sentimientos personales”.<sup>97</sup> Con lo antedicho se pone en jaque la enunciada objetividad que prometen con sus prácticas y, como resultante, el pasado se vuelve un material y un espacio de indagación y de uso, de múltiples invenciones y algún valor cognitivo. Por ello, Pollak destaca el valor que posee el análisis del trabajo de *encuadramiento*, de sus agentes y sus rasgos materiales, porque constituye una clave para estudiar, desde arriba hacia abajo, cómo las memorias son construidas.<sup>98</sup> Este trabajo de *encuadramiento*, trazado desde instituciones y con actores del lugar, puede a menudo ser eficaz al *influir la memoria* de toda una sociedad, al administrar visiblemente la historia de ciudad,<sup>99</sup> por ejemplo, mediante las conmemoraciones o los monumentos y con ciertos límites y condiciones:

“La primera es que la interpretación del pasado que producen los poderes, o incluso los voceros, los notables o los empresarios de la memoria no entre en contradicción con la experiencia vivida de la comunidad social concernida, es decir, con “la impresión que las cosas han dejado al ocurrir”. La segunda, que se desprende directamente, es que el pasado no puede ser simplemente ocultado [...]. La tercera es de otra naturaleza. Si es cierto que la memoria colectiva puede, en definitiva, ser pensada como resultado de una interacción entre experiencia vivida o transmitida y elaboraciones institucionales

---

96 *Ibidem*.

97 *Ibidem*, pp. 26-27.

98 Cf. *Ibidem*, p. 29.

99 Al decir de Gorelik, las ciudades permiten las representaciones que crean la imagen colectiva del pasado, y al mismo tiempo son el texto, uno de los textos privilegiados, de esa misma historia colectiva. También al autor señala que para la larga tradición culturalista de interpretación urbana, las ciudades son manufacturas realizadas a lo largo del tiempo por comunidades que, gracias a la permanencia material de la ciudad, reconocen su propia continuidad y los lazos que la conectan con los antepasados. Cf. ADRIÁN GORELIK: “La memoria material: ciudad e historia”. En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*. Buenos Aires, enero/diciembre de 2011, p. 44.

les, oficiales o históricas, si la realidad es ser un movimiento, un trabajo, trabajo de reducción de la diversidad de los recuerdos, trabajo de homogeneización y de interpretaciones del pasado, entonces la memoria colectiva se sitúa en la articulación de lo síquico y de lo social”<sup>100</sup>

La memoria *se influncia* porque *se encuadra*, o como afirma David Lowenthal, elementalmente porque *se cambia*.<sup>101</sup> Si el pasado es en parte un producto del presente, es el hombre en plena actividad sociopolítica el que continuamente le otorga nueva forma a la memoria, reescribiendo la historia, rehaciendo las reliquias. Lowenthal afirma que son tres los motivos principales que mueven a los hombres a falsificar la historia: “mejorar el pasado mismo o la parte de éste que les corresponde a los que viven en él; mejorar las circunstancias presentes cambiando lo que nos ha llevado hasta ellas; y asegurar la estabilidad del presente alterando, o protegiendo, el pasado para evitar las interferencias que otros puedan llevar a cabo”.<sup>102</sup> Sería la confianza moderna en el progreso la fuerza que subyace implícitamente en los deseos también modernos de mejorar el pasado, interviniendo en acontecimientos cruciales, buscando perfeccionar las condiciones históricas para perfeccionar la vida del presente y asegurar el futuro.<sup>103</sup>

### Las fuentes de la investigación y sus usos

El estudio de la compleja forja de la cultura histórica a escala local precisa delimitar aquellos objetos que, con distinta visibilidad y recurrencia, se hagan presentes en el *corpus* de fuentes disponibles. En concreto, los diversos registros de la práctica memorial y de la cultura histórica local se han integrado en una misma unidad de observación, con fines metodológicos y en función de visualizar un entramado práctico. De este modo, tanto las conmemoraciones y homenajes oficiales, locales y sus discursos, personajes e ideas y representaciones involucradas; como los textos y discursos sobre historia local aparecidos asiduamente en los periódicos y cuyos autores son periodistas, docentes e historiadores locales, acorde con la modalidad bastante extendida en la época y en esta espacialidad; las imágenes de época sobre los acontecimientos reseñados; las noticias y referencias periodísticas en relación a las dinámicas y desarrollos históricos de las instituciones educativas y culturales rioquartenses de interés con la temática de la investigación; las crónicas y referencias periodísticas sobre acontecimientos políticos, culturales y religiosos de referencia para la historia

100 MARIE-CLAIRE LAVABRE: “La memoria fragmentada. ¿Se puede influenciar la memoria? En: *antropol. sociol.* N° 11, enero-diciembre de 2009, pp. 26-27.

101 Cf. DAVID LOWENTHAL: *El pasado es un país extraño*. Akal, Madrid, 1998 [1985], pp. 57 y ss.

102 *Ibidem*, pp. 58-59.

103 *Ibidem*, pp. 60-61.

de Río Cuarto en el contexto del panorama nacional y provincial, resultan fecundos “lugares” desde donde ejercitar la pregunta por el “cómo” del expresivo comportamiento de la cultura histórica a escala local. La interrogación por el modo en que se desarrolló y factibilizó el objeto y el proceso histórico que se estudia en este libro posibilita dejar en segundo plano al “por qué” metafísico y esquivo que comprende muchas veces conjeturas e hipótesis difíciles de sustentar en la historia.

Las colecciones de los periódicos locales han sido, en primer lugar, las fuentes primordiales que permitieron “anclar” el objeto de investigación y, en segundo lugar, el espacio privilegiado desde el cual se accedió a discursos de ‘primera mano’ relativos a los usos del pasado por parte de un elenco local/localista de intelectuales de pueblo y demás actores sociopolíticos. En el contexto de la disposición cultural de Río Cuarto, esas publicaciones fueron más que meros periódicos de crónica y avisos para tornarse en un fecundo terreno en la inscripción de discursos, ideas, representaciones y, por tanto, identidades en la definición de la ciudad. Este corpus fontal privilegiado en esta investigación, a la vez que factibilizó la construcción del problema y el desarrollo mismo de ésta, se vio enriquecido con del uso complementario de textos, folletines, libros y opúsculos relativos a la historia, la literatura y el panfleto político local y algunos otros documentos institucionales que permitieron la oclusión de algunas pocas de las múltiples cesuras presentes.

Como ya se expresó, la investigación busca estudiar a los usos del pasado en relación con el proceso político y la atmósfera que las coyunturas de democracia y dictadura demarcaban y creaban. Esto posibilitó arribar a la comprensión de los motivos que condujeron a los actores, convocados a partir de las fuentes, a adoptar tal o cual comportamiento político y a nombrar las tres temporalidades de la historia de la ciudad, esgrimiendo una inteligencia y siendo parte del fenómeno de la participación o el compromiso: interviniendo así sobre el pasado.<sup>104</sup> Las historias locales, venciendo décadas de prejuicio e invisibilización, avanzan con solvencia en la historiografía argentina contemporánea porque animan la complejización del conocimiento de los procesos innostrados por la historia escrita desde los centros de definición historiográfica de mayor preeminencia, los que desde finales del siglo XIX fueron responsables de un “centralismo historiográfico” “que negó la heterogeneidad y ocultó las diferencias espaciales existentes en el nivel regional para crear las historias nacionales, como síntesis y legitimación de las nacientes identidades nacionales”.<sup>105</sup> El lugar de la mirada, en este caso, los límites cuasi estrechos de una ciudad interiorana, se torna inapreciable para pensar, a su vez, problemas comunes a otros espacios en mismo marco temporal.

---

104 Cf. SERGE BERSTEIN: “La cultura...” *Op. Cit.*, p. 400.

105 MARÍA SILVIA LEONI: “Treinta años de historiografía...” *Op. Cit.*, p. 47.

Con esta asignación espacial no se desea en absoluto propiciar un retorno a la prehistoria del propio oficio historiográfico, aquel momento en el que el cultivo de la historia local reflejaba un excesivo apego por la anécdota, por lo pintoresco, por lo periférico o por lo erudito; cayendo en un estéril localismo que convertía los objetos en incomparables y los hacía exclusivamente interesantes para los nativos.<sup>106</sup> Por el contrario y si “más cerca” es “más denso” el historiador local debe poder:

“adoptar un lenguaje y una perspectiva tales que la transposición del objeto implique una verdadera traducción, una salida de ese lenguaje de los nativos que sólo ellos entienden y que sólo a ellos interesa. Por eso, [...] la meta no ha de ser sólo analizar la localidad, sino estudiar sobre todo determinados problemas en la localidad. [...] estudiar *en* no es sin más confirmar procesos generales. De ahí que no aceptemos aquella afirmación según la cual lo local es un reflejo de procesos más amplios. [...] si estudiamos este o aquel objeto en esta o en aquella comunidad no es porque sea un pleonismo, una tautología o una prueba más repetida y archisabida de lo que ya se conoce, *sino porque tiene algo que lo hace irrepetible, que lo hace específico y que pone en cuestión las evidencias defendidas desde la historia general.*”<sup>107</sup>

La cita anterior, que pertenece a Justo Serna y Anacleto Pons, anima y fundamenta la búsqueda de matices y singularidades que la historia nacional, incluso la regional ignoran. Los mismos autores afirman que el espacio local puede ser el ámbito privilegiado de un microanálisis histórico porque en él se funda la acción humana, que lejos de ser concebida y descrita sin referencia a personas, es nombrada, nominada aunque se trate de la acción de “un nadie” para los relatos de la historia general/nacional. Desde los sujetos históricos concretos, nominados y en acción, sobre aquellas personas cuyo principal vestigio es el nombre y tal vez algunas pocas referencias sobre su trayecto a escala local, es factible arribar a explicaciones históricas concretas que den cuenta de actos humanos, emprendidos con alguna intención y a los que sus responsables o sus contemporáneos otorgan algún significado.<sup>108</sup>

---

106 Cf. JUSTO SERNA y ANACLETO PONS: “En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis”. En: *Contribuciones desde Coatepec*. N°4, enero-junio, Universidad Autónoma del Estado de México, México, 2003, p. 39. Una discusión interesante sobre las especificidades de la historia local como abordaje puede leerse en el trabajo de JOSÉ D’ASSUNCAO BARROS: “O lugar da história local na expansão dos campos históricos”. En: ANA MARIA CARVALHO DOS SANTOS OLIVEIRA e ISABEL FERREIRA DOS REIS (Org): *História Regional e Local. Discussões e Práticas*. Quarteto, Salvador, 2010, p. 217 y ss.

107 *Ibidem*. Las cursivas nos pertenecen.

108 Cf. *Ibidem*, p. 47.

“hemos llegado a la convicción simple pero firme de que aquello que los historiadores estudian es lo concreto a partir de lo empíricamente constatable: o, mejor, aquello que hacen es dotar de sentido a hechos del pasado a partir de las informaciones que consiguen reunir. En ese sentido, la primera evidencia con la que nos enfrentamos es la acción humana, vale decir los primeros datos, el primer detalle, de los que no podemos prescindir sin más son los actos que unos individuos concretos emprenden y de los que quedan pruebas, huellas, vestigios. Este punto de partida nos obliga, pues, a referir la investigación histórica a la acción de personas con nombres y apellidos y de cuyo testimonio tenemos constancia documental. Desde esta perspectiva, la historia local es un ámbito óptimo para proponer explicaciones cabales de la acción humana. ¿Por qué razón? Porque todo enunciado deberá remitir a los microfundamentos de una acción real, emprendida por sujetos reales y no por las hipóstasis abstractas que constituyen los tipos medios de lo estadísticamente dominante”<sup>109</sup>

Como ha remarcado Pierre Rosanvallón, la meta de una historia comprensiva y conceptual renuncia a los simples esquemas cuando el conocimiento del pasado y la interrogación sobre el presente participan de un mismo rumbo intelectual.<sup>110</sup> La operación historiográfica efectuada asume constituirse en un “terreno de encuentro entre ensayismo y la erudición”, que suelen presentarse a primera vista como antagónicos. Se reafirma en esta investigación que la erudición es una condición imprescindible de todo trabajo historiográfico, operación sobre el *corpus* fontal que es preciso poner permanentemente a disposición en el acto mismo de constitución del entramado que se propone fundar. Mediando a ésta, se considera cardinal el despliegue de la faz interpretativa, la que conlleva una forma de intervención sobre los registros documentales en y desde la actualidad y que es, en definitiva, “el motor de la interrogación que funda el deseo de conocer y comprender”.<sup>111</sup>

Con dichas claves conceptuales y metodológicas se ha procurado documentar y reconstruir los fragmentos de una experiencia histórica acotada en un tiempo ciertamente plagado de significados. Se han priorizado, aunque también por cierto se han soslayado, un sinnúmero de episodios de la historia local que aparecen en las fuentes periodísticas locales, colecciones que, como ya se mencionó, se constituyeron en los principales soportes desde los cuáles se articularon registros y preguntas para esa compleja tarea de componer la huidiza trama de la aun vacante historia contem-

---

109 *Ibidem*.

110 Cf. PIERRE ROSANVALLÓN: “Para una historia conceptual...” *Op. Cit.*, pp. 130-131.

111 *Ibidem*, p. 131.

poránea de la ciudad de Río Cuarto. Este proceso proyecta, sin duda, desafíos que implican, sobre todo, la puesta en valor de la historia reciente del espacio local y la apertura un espacio de inteligibilidad capaz de capturar críticamente los conflictos que trascienden hasta el presente, aquellos que plagan de incertidumbre el día a día de los argentinos, los riocuartenses y, también, la faz de sus memorias.

El desafío del enfoque propuesto es escribir una historia que dé cuenta de cómo se configuró la cultura histórica de la historia de la ciudad, de quiénes alzaron la pluma y la voz autorizada y desde qué instituciones se legitimaron; sin olvidar en qué contexto trabajaron y desde qué pragmática afrontaron la tarea de intervenir en el pasado. Por ello, Pierre Nora nos invitaría desde sus *Lieux de mémoire* a identificar el tipo de relación establecida con el pretérito y la manera en que el presente lo utiliza y lo reconstruye.<sup>112</sup> Con todo, se delinea un campo de estudio capaz de enriquecer las necesarias relecturas de la historia y también dar cabida a una historia social de la memoria que posibilite resolver el problema, indicado por Eric Hobsbawm, de cómo analizar la naturaleza de los sentidos del pasado en la sociedad y cómo describir sus cambios y transformaciones.<sup>113</sup>

El desafío está planteado en una sociedad y en una ciudad que, como ya se dijo, espera poder abordar la cuestión de su memoria para escapar de los caducos mitos de tradición que aun se muestran vigentes, escribiendo la historia con el beneficio de un *corpus* documental no carente de riqueza. Avances en este sentido tal vez indiquen nuevos puntos de partida en la comprensión de una historicidad que remite al conocimiento de la Argentina contemporánea vista, claro está, desde una dimensión local.

---

112 Cf. PIERRE NORA: “La aventura de *Les lieux...*” *Op. Cit.*, p. 33.

113 Cf. ERIC HOBSBAWM: *Sobre la historia*. Crítica, Barcelona, 1998 [1972], p. 23.